Palabra NUEVA

ARQUIDIOCESIS DE LA HABANA | AÑO VII | No. 55 | JUNIO 1998

LOS OBISPOS CUBANOS EN ROMA

PÁGINA 6

CARDENAL PÍO LAGHI VISITA CUBA

PÁGINA 13

LA GUERRA DEL 95 Y LA IGLESIA

PÁGINA 21

POR ORLANDO MÁRQUEZ

POR EL BIEN DE TODOS

EL ENCUENTRO ENTRE EL SANTO PADRE, Y varios miembros de la Curia Romana, con los Obispos cubanos, realizado durante los pasados días en Roma, es expresión de la comunión viva de la Iglesia de Jesucristo. Durante la preparación de la visita del Santo Padre a Cuba, la Iglesia había expresado en varias ocasiones que la presencia del Papa en Cuba era un momento, importantísimo, de una etapa de la vida de la Iglesia en Cuba. Esa etapa aún no ha concluido.
La Iglesia Católica en Cuba, a partir del ENEC de 1986, ha desarrollado un trabajo pastoral que busca la inserción plena en la sociedad cubana. Quedaron atrás los años de la pastoral de conservación y de supervivencia ante las estructuras sociales que veían la fe en Dios como algo llamado a desaparecer y que se debía combatir ideológicamente para lograr el hombre nuevo en la sociedad nueva.

Pero no sólo quedó atrás la pastoral de conservación, también quedó atrás el estado ateo con las modificaciones a la Constitución cubana en 1992. La declaración del estado laico significó el reconocimiento de la libertad de opción del hombre y la mujer cubanos frente a la religión y la posibilidad de vivir esta experiencia personal; se reconocía así el derecho de toda persona a expresar su fe públicamente, a vivirla y dar testimonio de ella. La expresión espiritual de la persona humana solo puede traer beneficios sociales. Este cambio no significó el fin de todas las dificultades para la Iglesia y sus miembros, tampoco significó la aceptación llana de todos aquellos que comenzaron a manifestar su fe en público, pero abrió las puertas hacia una nueva realidad de la sociedad actual, una realidad que debe ir trazando nuevos contornos más armónicos en las relaciones sociales, entre creyentes y no creyentes, entre la Iglesia y el Estado, entre estas dos instituciones separadas, con misiones muy específicas, con los distintos grupos humanos que conviven en Cuba.

El trabajo desplegado por la Iglesia en estos doce años, entre "las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios", como dijera el Papa Juan Pablo II a los Obispos cubanos citando a San Agustín, no tiene más pretensiones que el cumplimiento de la misión que le es propia. Esa misión, que es por naturaleza cultual, caritativa y profética, tiene objetivos muy concretos en el ámbito social. La concepción cristiana de la persona humana no es solo teoría para meditar, la Iglesia no puede dejar de procurar, por todos los medios e insistentemente, que aquella concepción que ella defiende, que brota de las raíces milenarias del cristianismo, se realice en la vida de los ciudadanos, que todos la conozcan y a todos ilumine. Si bien las sociedades buscan alcanzar determinados objetivos, que las definen y caracterizan, no deben olvidar que "el principio, el sujeto y el fin de todas las instituciones sociales es y debe ser la persona humana" (GS 25,1). Sobre esta idea, defendida con ardor por innumerables testigos a través de los tiempos, se fundamenta el pensamiento social de la Iglesia, pensamiento que forma hoy todo un cuerpo de inspiración para no pocas personas, que con esperanzas renovadas quieren iluminarse con la Doctrina Social de la Iglesia.

Por su carácter universal, la Iglesia intenta llegar a todos los ambientes sociales, culturales, económicos y políticos, no ofreciendo precisamente propuestas consumadas, ni pretendiendo ocupar el lugar que corresponde a las estructuras de poder o a las distintas instituciones que deben conformar la sociedad civil, sino aportando su experiencia en humanidad y siendo fiel al evangelio, invitando a enaltecer a las personas, de manera que en la imperfección inherente al hombre, éste busque siempre su propia grandeza al mismo teimpo que se comprometa con sinceridad a promover la dignidad de todos sus semejantes. Nadie debe quedar excluido, nadie debe ser olvidado, pues a todos corresponde una parte de responsabilidad en el ejercicio libre de construir el bien común.
Durante su visita a Cuba, el Papa confirmó a la Iglesia cubana en su trabajo pastoral. Esto mismo ocurrió en Roma el pasado 9 de Junio, cuando dirigiéndose a los Obispos cubanos les confirmó en su acción social pastoral, acción

que encuentra su verdadero sentido en cada hombre y mujer de este país. "La Iglesia forma parte notable no solo de la historia patria, sino del presente y es, en cierto modo, corresponsable junto con otras instancias, del futuro" (Juan Pablo II, Discurso al Episcopado cubano, Roma, 9 de Junio de 1998).

Los Obispos cubanos, como pastores de la Iglesia que peregrina en Cuba, comprenden su parte de responsabilidad en la sociedad cubana presente, cimiento del futuro. Cuando la Iglesia habla, se dirige primero al Pueblo de Dios, a esa porción de la comunidad que ha abrazado las propuestas de Jesucristo; sin embargo, habla también la Iglesia a toda criatura, a los que todavía no han recibido el Evangelio, quienes también, en diversas formas están ordenados al Pueblo de Dios (cf. LG 16). En el documento "El Espíritu quiere soplar en Cuba", hecho público el pasado 29 de mayo, la Iglesia expresaba su interés por determinados aspectos que afectan hoy la vida del país. Es necesario construir el bien común. La búsqueda del bien común es un propósito que cobra fuerzas en las sociedades modernas. La sociedad, entendida como "un conjunto de personas ligadas de manera orgánica por un principio de unidad que supera a cada una de ellas" (CIC 1880), necesita de la participación de todos los miembros, y el hombre mismo sólo puede realizarse como persona en el compartir constante y armonioso con sus semejantes.

En Cuba, determinados programas con propósitos positivos y abarcadores, no logran sin embargo la consecución del bien que todos deseamos y debemos lograr, y las causas de esto no son sólo económicas. Las causas deben buscarse también en la subjetividad de la naturaleza humana. El hombre, como ser social, intenta lograr también su propio bien, este bien individual mantiene una estrecha relación con el bien común; para ello es necesario que en la sociedad se desarrollen las condiciones que permitan a cada persona alcanzar una completa perfección de su vocación social. Dios, que en su gran Amor ha creado al hombre libre, le ha concedido también la posibilidad de asumir la responsabilidad de sus actos; siguiendo los dictados de su conciencia, el hombre y la mujer pueden aún aceptar o rechazar a Dios, esta es la mayor prueba de libertad. Por ello la persona humana, para realizarse como tal en la sociedad, necesita verificar en su vida el uso de su libertad y su responsabilidad. En la posibilidad de discernir y reflexionar, la persona pone a prueba su conciencia social responsable; en la posibilidad de optar y elegir se manifiesta la libertad, querida por Dios y buscada por el hombre, necesaria para edificar el bien común. Para lograr el bien común, en cuya construcción participan tanto gobernantes como gobernados, es necesario verificar tres elementos esenciales: respeto a la persona en cuanto tal; posibilidades de desarrollo de los grupos sociales; y verdadero propósito de alcanzar la paz.

La variedad de la naturaleza humana permite que cada persona tenga aspiraciones diferenciadas y los intereses individuales bien entendidos no constituyen un peligro para la sociedad, sino que más bien la enriquecen y fortalecen. Con el aporte de cada uno se construye la casa de todos.

Es necesario crear las condiciones para que los diferentes elementos que conforman la sociedad cubana hoy encuentren el cauce legal y justo de expresión y realización, pues "el orden social y su progreso deben subordinarse al bien de las personas… y no al contrario" (GS 26,3). Los gobiernos, las estructuras sociales, las instituciones, las asociaciones, deben ser expresión del desarrollo social humano. Las mismas concepciones ideológicas surgen como respuesta a las necesidades humanas, pero ellas sólo conservan su razón de ser, su esencia y su pureza, cuando saben respetar el bien privado de las personas..

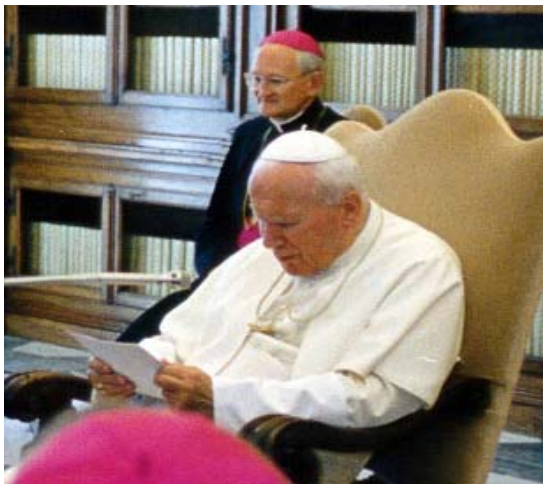
La apertura interna que la Iglesia en Cuba propone como necesaria es aquella que permita el encuentro de todos, en la diferencia de todos, para que Cuba sea la casa de todos. Nadie debe distorsionar la transparencia de este criterio. El fortalecimiento de la sociedad civil es condición indispensable para la renovación social, económica y cultural del país.

La Iglesia misma ocupa un lugar en la sociedad y también necesita el reconocimiento de esta realidad, no para un predominio sobre, pero sí para una existencia junto a los demás componentes sociales. Los laicos que integran la Iglesia tienen una especial misión social, a ellos corresponde la obligación moral de dar testimonio y ser sal de la tierra en aquellos ambientes donde la Iglesia solo puede llegar a través de ellos (cf LG 33), esto es parte inevitable de la misión de la Iglesia, en su aspecto profético, a lo cual no debe renunciar. Esta misión profética se manifiesta de igual forma en los pronunciamientos de los Obispos. El Santo Padre Juan Pablo II ha alentado a los Obispos cubanos durante el encuentro de Roma: *"¡Qué no falte nunca su voz, que es la voz de Cristo que los envió y consagró a su servicio! ¡Qué la labor de Ustedes sea reconocida como la de verdaderos interlocutores y auténticos Pastores de la Iglesia que peregrina en esa amada Nación!"* Aún más añadía el Papa, sin apartarse un milímetro del pensamiento social de la Iglesia: *"los fieles están llamados a participar con pleno derecho y en igualdad de oportunidades en la vida pública, para dar su propia contribución al progreso nacional…"* Todos los que hemos recibido el llamado de Cristo, *"no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído" (He 4,20)*, dentro de un marco legal adecuado.

La Iglesia que peregrina en Cuba no se cansará de manifestar su disposición de servir al país. Sin pretender ocupar espacios ajenos, quiere ocupar el que le corresponde, con la esperanza, el deseo y la obligación moral, de contribuir al logro del bien común en la Patria de todos.❑

Del 8 al 12 de Junio, una delegación de la Iglesia visitó Roma. Los obispos de las cuatro diócesis visitadas por el Santo Padre querían agradecerle personalmente por su visita a Cuba y la Santa Sede respondió invitando a la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba en pleno. Completaron la delegación cinco sacerdotes y tres laicos que habían trabajado en la preparación de la histórica visita del Santo Padre Juan Pablo II a Cuba.
En Roma, los Obispos cubanos se reunieron con el Papa, con varios miembros de la Curia Romana, participaron junto al Santo Padre en la celebración del Corpus Christi y terminaron su viaje con una Conferencia de Prensa en la Sala Stampa de la Santa Sede el viernes 12 de Junio.
A continuación ofrecemos el Discurso del Papa a los Obispos cubanos, durante el encuentro del martes 9 de Junio.

«Desde su condición de Pastores, han de asumir los desafíos derivados de mi visita pastoral»



Queridos hermanos en el Episcopado:

1 Me complace recibirlos en esta Audiencia, a pocos meses de mi recordado viaje a su Patria. En esa ocasión pude experimentar de cerca el calor de los cubanos y la riqueza de los valores que adornan a ese querido pueblo. Con las palabras del Apóstol Pablo, les digo que "al conocer su fe en Jesús, el Señor, y su amor por todos los que forman el pueblo de Dios, no ceso de dar gracias a Dios por Ustedes, recordándoles en mis oraciones" (Ef 1,15-16). Al mismo tiempo pido al Señor de la Historia que cada cubano pueda ser protagonista de "sus aspiraciones y legítimos deseos" y que Cuba "pueda ofrecer a todos una atmósfera de libertad, confianza recíproca, de justicia social y de paz duradera" (Discurso en el Aeropuerto de La Habana, 21 de enero de 1998, 2.5).

Les estoy muy agradecido por todos los esfuerzos que Ustedes, junto con los sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos comprometidos realizaron en la preparación de mi visita y en su posterior desarrollo, preocupándose también de que no se apaguen tantas genuinas esperanzas suscitadas en el mensaje que les dejé y que las enseñanzas que del mismo brotan puedan concretarse gradualmente en el futuro.

2 En los casi cinco meses que han pasado desde mi inovidable Viaje a su Nación he visto cómo mi invitación a que "Cuba se abra con todas sus magníficas posibilidades al mundo y que el mundo se abra a Cuba" (ibíd., 5), ha sido acogida por diversas Naciones y Organismos, y que muchas comunidades eclesiales han intensificado sus deseos y realizaciones, expresando con gestos concretos su solidaridad y manifestando fraternidad con los hijos de Dios que viven en esa hermosa tierra. Pueden estar seguros de que la Santa Sede y el Sucesor de San Pedro proseguirán en todo lo que esté a su alcance, y desde las peculiaridades de su misión espiritual, para que esa respuesta siga extendiéndose y para que la atención suscitada con ocasión de mi visita no se apague, sino que alcance los frutos esperados por el pueblo cubano.

En este sentido, he apreciado también los gestos que, después de mi regreso a Roma han tenido las autoridades cubanas. Quiero ver en ellos la prenda y la primicia de su disposición a crear espacios legales y sociales para que la sociedad civil cubana pueda crecer en autonomía y participación, y el País pueda ocupar el lugar que le corresponde por derecho propio en la región y en el concierto de las naciones.

3 La apertura deseada no se limita a una simple mejora de

las relaciones internacionales que tiendan a promover un proceso de interdependencia solidaria entre los pueblos en el actual contexto de globalización. Se trata ante todo de una disposición interior en cada uno, de modo que la renovación de la mente y la apertura del espíritu lleven hacia una verdadera conversión personal, favoreciendo así un proceso de mejoría y cambio también en las estructuras sociales. A este respecto, ya desde mi llegada al suelo cubano dije: "No tengan miedo de abrir sus corazones a Cristo, dejen que Él entre en sus vidas, en sus familias, en la sociedad, para que así todo sea renovado. La Iglesia repite este llamado, convocando sin excepción a todos: personas, familias, pueblos, para que siguiendo fielmente a Jesucristo encuentren el sentido pleno de sus vidas, se pongan al servicio de sus semejantes, transformen las relaciones familiares, laborales y sociales, lo cual redundará siempre en beneficio de la Patria y la sociedad" (ibíd., 4), y repetí en Santa Clara: "No tengan miedo, abran las familias y las escuelas a los valores del Evangelio de Jesucristo, que nunca son un peligro para ningún proyecto social" (Homilía, 4).

Los hombres y las naciones, superando fronteras ideológicas, históricas o de parte, que no permiten el crecimiento de la persona humana en libertad y responsabilidad, han de hacer posible que la verdad, aspiración íntima de todo ser humano, sea buscada con honestidad, encontrada con alegría, anunciada con entusiasmo y compartida con generosidad por todos, sin limitaciones arbitarias en las libertades fundamentales, como son, por ejemplo las de expresión, reunión y asociación. Ello facilita que la sociedad pueda acceder a un estado de convivencia presidido por la confianza mutua, la participación, la solidaridad y la justicia. En este sentido, Cuba está llamada a encarnar y vivir su propia identidad, que tiene raíces profundamente cristianas, encaminándose hacia la transparencia, la apertura y la solidaridad.

4 La Iglesia católica en Cuba, de la que Ustedes son los legítimos Pastores, es una comunidad viva que promueve el amor y la reconciliación y difunde la verdad que brota del Evangelio de Jesucristo, a tiempo y destiempo (cf. 2 Tim 4,2). La Iglesia forma parte notable no sólo de la historia patria, sino del presente y es, en cierto modo, corresponsable junto con otras instancias, del futuro. Con su labor cotidiana, "en medio de las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios" (S. Agustín, De Civ. Dei, XVIII, 51,2), contribuye al enriquecimiento de toda la sociedad, y no sólo de los creyentes, pues trabaja por alimentar la espiritualidad de todo hombre, la vivencia de los valores más altos y la fraternidad entre los hombres. Por eso, cuando la Iglesia es reconocida y puede contar con los espacios y los medios suficientes para realizar su misión, se beneficia toda la sociedad. El Estado, aunque sea laico, al procurar el bien integral de todos sus ciudadanos, debe reconocer esa misión y garantizar esos espacios.

La Iglesia que vive en cada nación se presenta como "el nuevo Pueblo de Dios" que, "aunque de hecho aún no abarque a todos los hombres y muchas veces parezca un pequeño rebaño, sin embargo, es un germen muy seguro de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano" (Lumen gentium, 9).

5 Ustedes, queridos hermanos en el Episcopado, "han sido constituidos por el Espíritu Santo que les ha sido dado, verdaderos y auténticos maestros en la fe, pontífices y pastores" (Christus Dominus, 1), dedicándose por ello al cuidado habitual y cotidiano de los fieles (cf. Lumen gentium, 27) y encontrando en ello su gozo y su realización. Les exhorto a vivirlo como auténticos ministros de la reconciliación (cf. 2Cor 5,8), de modo que el mensaje que dejé en Cuba pueda tener continuidad y producir abundantes frutos bajo su guía.

En esta hora histórica de la vida nacional, desde su condición de Pastores, han de asumir los desafíos derivados de mi

Visita pastoral. ¡Qué no falte nunca su voz, que es la voz de Cristo que los envió y consagró a su servicio! ¡Qué la labor de Ustedes sea reconocida como la de verdaderos interlocutores y auténticos Pastores de la Iglesia que peregrina en esa amada Nación! ¡Que todos vean en Ustedes a los "mensajeros que anuncian la paz" (Is 52,7), tal como les decía en mi encuentro en La Habana en un mensaje programático que mantiene íntegra su vigencia!

El ejercicio de su ministerio es a veces gravoso y lleva siempre el signo de la cruz de Cristo. No se desanimen ante ello, perseveren en la oración, presenten en el altar del Señor los sacrificios y las incomprensiones que comporta el ejercicio valiente y audaz de la misión cultual, profética y caritativa que les ha sido confiada. En ese camino no están solos: les asiste la fuerza del Espíritu Santo, al que se une la solidaridad y afecto de toda la Iglesia, así como la plegaria del Vicario de Cristo. Pido asimismo al Señor, Dueño de la mies, no sólo que envíe pronto nuevos trabajadores a su campo, como necesita la Nación cubana, sino que multiplique también las iniciativas, la creatividad y la disponibilidad de los sacerdotes, religiosos y religiosas que, con generosidad y dedicación, trabajan en Cuba, de modo que la evangelización no sea nueva sólo en su ardor, en sus métodos, en su expresión, sino también en sus proyecciones, inculturando el evangelio en todos los ambientes de la vida personal y social.

6 En mi visita a Cuba tuve la oportunidad de recordar algunos aspectos del "evangelio social". Los fieles laicos deben responder con madurez, perseverancia y audacia a los desafíos de la aplicación de la Doctrina Social de la Iglesia a la vida económica, política y cultural de la Nación. En este sentido los fieles están llamados a participar con pleno derecho y en igualdad de oportunidades en la vida pública, para dar su propia contribución al progreso nacional y participar con generosidad en la reconstrucción del País, accediendo a los diversos sectores de la vida social, como es la educación y los medios de comunicación social, dentro de un marco legal adecuado.

Los cristianos en Cuba deben participar en la búsqueda del bien común, aportando su conciencia crítica, sus capacidades y hasta ofreciendo sus sacrificios con el fin de propiciar las transformaciones que el País necesita en esta hora con el concurso de todos sus hijos.

La verdadera dignidad del hombre se encuentra en la verdad revelada por Cristo. Él es la luz del mundo y el que cree en Él no camina en tinieblas (cf. Jn 12,46). Por ello, la ofuscación de la luz, la mentira personal y la doblez social deben ser superadas por la cultura de la verdad, de modo que respetando profundamente cada persona y cada cultura, se anuncie la convicción de que la plenitud de la vida se alcanza cuando se trasciende el marco de los materialismos y se accede a la Luz inefable y trascendente que nos libera de todo egoísmo.

La lluvia que me despidió cuando dejaba el suelo cubano trajo a mi memoria el himno "Rorate caeli", pidiendo que las semillas sembradas con sacrificio y paciencia por todos Ustedes, Pastores y fieles, crezcan con vigor y Cuba pueda abrir de par en par sus puertas a la potencia redentora de Cristo, para que todos los cubanos puedan vivir un nuevo adviento en su historia nacional.

7 La lluvia que me despidió cuando dejaba el suelo cubano trajo a mi memoria el himno "Rorate caeli", pidiendo que las semillas sembradas con sacrificio y paciencia por todos Ustedes, Pastores y fieles, crezcan con vigor y Cuba pueda abrir de par en par sus puertas a la potencia redentora de Cristo, para que todos los cubanos puedan vivir un nuevo adviento en su historia nacional.

A su regreso a la Isla, hagan presente a todos los cubanos el afecto y la cercanía del Papa. Que tengan seguridad de que "siempre que me acuerdo de Ustedes, doy gracias a Dios. Cuando ruego por Ustedes, lo hago siempre con alegría... estoy seguro de que Dios que ha comenzado en Ustedes la obra buena, la llevará a feliz término. Está justificado esto que yo siento por Ustedes pues los llevo en el corazón... Dios es testigo de lo entrañable que los quiero a todos Ustedes en Cristo Jesús. Y les pido que su amor crezca más en conocimiento y sensibilidad para todo" (Fil. 1,3-10).

A la Virgen de la Caridad del Cobre, Madre de todos los cubanos, recordando con emoción el momento en que le ceñí la corona que sus hijos le ofrecieron, presento los anhelos y esperanzas, los gozos y las penas de todos ellos, a la vez que con afecto les imparto de corazón una especial Bendición Apostólica.❑

HOMENAJES AL CARDENAL ORTEGA EN ESTADOS UNIDOS

El Lunes de 18 de Mayo, la Universidad Católica de Rhode Island, en Estados Unidos, otorgó al Cardenal Jaime Ortega Alamino el título de Doctor Honoris Causa.
Pocos días después, el 3 de Junio, la Asociación de Prensa Católica de Estados Unidos reunida en Convención le concedió el Premio «Heraldo de la Fe». En esa ocasión, el Cardenal Arzobipo de La Habana leyó a los allí reunidos el discurso que ahora presentamos a nuestros lectores.

Los efectos transformadores de la Misión del Papa en Cuba llegarán también hasta las estructuras de la sociedad cubana

Nueva Orleans. 3 de junio de 1998

Señoras y Señores, hermanos todos:

Cuando fui invitado a esta reunión de medios de comunicación católicos, quienes tenían la gentileza de invitarme me sugerían, con una anticipación próxima al año, que en mis palabras ante este auditorio tan cualificado hiciera un recuento de la visita del Papa Juan Pablo II a Cuba, valorando su significación y sus efectos para la Iglesia en nuestro país y para todo el pueblo cubano.
Hoy, habiendo tenido la dicha de vivir la extraordinaria experiencia de fe y de haber gustado el hondo contenido humano de esa visita, puedo decir sin vacilación que el tema de mi comparecencia fue muy bien escogido por mis anfitriones, pero que además, su selección para este encuentro se impone por la propia relevancia de aquel evento, por la repercusión en Cuba y en el ámbito internacional de ese inolvidable viaje del Sumo Pontífice a mi país y por la implicación directa de quien les habla, debido a sus responsabilidades como Cardenal Arzobispo de La Habana y al frente de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, en la preparación y el desarrollo de ese histórico acontecimiento.

Con la visita del Papa Juan Pablo II a Cuba se ha producido un impacto histórico al modo de una piedra lanzada en un lago, generadora de ondas concéntricas, que no cesan de dibujar en la superficie círculos cada vez más abiertos y de mover en profundidad las aguas estancadas donde parecía flotar la Isla de Cuba en estos últimos años, sobre todo en lo tocante a su relación con el mundo exterior y en especial con Estados Unidos, Europa y la América Latina, o sea, con ese mundo Occidental en el cual Cuba está enclavada.

Esta ubicación geopolítica la hizo notar con fuerza el Santo Padre en La Habana cuando, en su homilía en la Plaza de la Revolución, al improvisar una frase en latín, dijo con énfasis que lo había hecho porque Cuba es latina y está en América Latina.

El Sucesor de Pedro se propuso en verdad lanzar la piedra en esas aguas de nuestra historia más reciente y lo hizo desde el primer momento de su llegada a nuestro suelo. Todos sentimos el efecto multiplicador y desinstalante de sus palabras, cuando formuló en el mismo aeropuerto de La Habana, donde acababa de ser recibido, su deseo que era a un tiempo invitación y reto: *«que el mundo se abra a Cuba, que Cuba, con sus magníficas posibilidades, se abra al mundo.»*

Estaban puestas las bases de su visita a la Isla grande de las Antillas. El Papa iba a ejercer su oficio de Pontífice, (etimológicamente hacedor de puentes), no sólo, aunque evidentemente también, en la necesaria relación del hombre con Dios, sino además tratando de ligar entre sí a hombres y pueblos separados por concepciones políticas o ideológicas, o enemistades históricas, o barreras culturales.

¿No es éste el quehacer propio del cristiano, cuya fe se simboliza siempre en la cruz con sus dos dimensiones esenciales, la vertical que se eleva hacia lo alto y la horizontal que abre sus brazos para cobijar a los hombres de un lado y de otro, convocados por el amor del que murió en el madero?

Y el Papa, a su llegada, habló en el mismo aeropuerto de esa cruz que había sido plantada en Cuba quinientos años atrás y de las raíces cristianas de la nación cubana. Venía a dirigir su mensaje no a un país extraño a la cultura de occidente, sino donde la fe cristiana tenía un papel incluso integrador de la nacionalidad. Esto lo reafirmó de manera especial en su discurso del Aula Magna de la Universidad de La Habana, en donde rindió homenaje al Siervo de Dios, Padre Fé1ix Varela. Dijo allí el Papa refiriéndose a la cultura cubana *«que tiene una honda raíz cristiana, lo cual es hoy una riqueza y una realidad constitutiva de la nación»*.

Estas eran las aguas profundas que removió el Pontífice y no para que las ondas llegaran a otras costas, pues eran aguas de nuestro subsuelo. Como se trata de una labor en profundidad la emprendida por el Papa, es más difícil constatar sus efectos, pero éstos son quizás los mayores y más importantes de su visita.

Me refiero a cuanto el Santo Padre sembró en el corazón de los cubanos, de aquellos que acudieron a las plazas por centenares de miles, de quienes se apiñaban también por millares en las calles de La Habana por donde debía pasar el Pontífice, sin que nadie los convocara, de los millones que siguieron las misas por televisión y no olvidan la mirada del Santo Padre, su bondad, la serenidad de su rostro.

Muchos comentarios en centros de trabajo, en la universidad, en las calles, coincidían al decir al día siguiente de su partida que parecía que la ciudad estaba vacía, que se extrañaba al Papa como a un familiar querido que acababa de partir. Unánime fue la sensación de paz, de alegría, de fraternidad, que disfrutó el pueblo cubano durante aquellos días. ¡Hemos vivido cinco días de fiesta!, decían muchos; pero fue una fiesta diferente, un regocijo del corazón que el cubano había celebrado en su interioridad.

Uno de los hospitales de La Habana que recibe diariamente el mayor número de hechos de sangre (hasta cinco o a veces seis al día), no recibió ninguno durante los días en que el Papa estuvo en Cuba. Así nos lo escribía un médico de ese centro. Un psiquiatra constató el descenso de la ansiedad en la disminución notable del número de pacientes que acudió a su consulta en los quince días que siguieron a la llegada del Santo Padre a Cuba.

Estos elementos anecdóticos son reveladores de algo más importante y abarcador, que puedo resumir con la frase que me dijo emocionada una artista, una mujer de fina sensibilidad: después de la visita del Papa nada vuelve a ser igual que antes, tampoco nosotros mismos.

Pero, ¿no estaré apoyándome en mi exposición sobre algo tan movedizo como los sentimientos, asentados en este caso sobre un hecho que está sometido a la extraordinaria capacidad de olvidar de los seres humanos?

Si sólo hubiera quedado esto de la visita del Papa a Cuba, era ya extraordinario. Pero no fue eso solamente, hay mucho más, porque la mayoría de las palabras pronunciadas por el Santo Padre no estaban dirigidas precisamente a mover sentimientos superficiales. Ahí se alzan ante nosotros, como un conjunto impresionante de pensamiento doctrinal, filosófico, social y de ética personal y política, las homilías y discursos pronunciados por Juan Pablo II en las distintas celebraciones de nuestro país. Só1o su lectura atenta y su estudio sistemático nos mostrarán toda su riqueza.

El Papa estaba interesado en conocer la posibilidad del pueblo cubano para comprender ese mensaje que él le presentaba. Cuando lo acompañaba en el papamóvil desde el aeropuerto, por las avenidas de la ciudad de La Habana, el Santo Padre, refiriéndose al discurso que acababa de pronunciar en la terminal aérea, transmitido a todo el país por la radio y la televisión, me preguntó si el pueblo habría comprendido. Al responderle que creía que sí, y haciendo gala de agudeza en una lengua que no es la suya, añadió el Papa: ¿y habrán entendido?. Le aseguré que sí, que el pueblo cubano tiene un buen nivel de instrucción y que es perspicaz para captar lo que se le dice.

No tardó el Santo Padre en descubrir por sí mismo esta capacidad del cubano. Cuando ya había celebrado las misas de Santa

Clara y Camagüey, comentó conmigo admirado que: *«el pueblo cubano aplaude los conceptos»,* y después de un instante de reflexión agregó: *«eso quiere decir que entienden».*

En efecto, el Papa, como es habitual en sus visitas pastorales, pero mucho más que en otros países, puso en Cuba una fuerza especial en sus mensajes. Y se sintió recompensado y satisfecho al ver que el pueblo cubano comprendía lo que é1 decía y entendía su significado.

La prueba definitiva de esta sintonía del Papa Juan Pablo II con el pueblo cubano fue la Eucaristía celebrada en la Plaza de la Revolución en La Habana. Allí improvisó, manejó con precisión la entonación y la fuerza de la frase y literalmente dialogó con la multitud, que lo interrumpió con grandes aplausos más de veinte veces.

El pueblo cubano guarda ante todo este recuerdo muy vivo en su mente. A las impresiones causadas en el orden de los sentimientos por la bondad y la valentía del Santo Padre, que vencía las dificultades y limitaciones que le imponen sus años, se superponía después la amplitud y profundidad de su mensaje que encontró eco en lo hondo del cubano quien, como dijo el Santo Padre, es capaz de entender.

Esto explica por qué se han distribuido y se siguen distribuyendo en el país más de doscientas mil copias de las homilías y discursos papales en Cuba. La afluencia a los templos no cesa de aumentar después de la visita del Santo Padre. En cada iglesia y parroquia se organizan catecumenados que preparan a miles de personas para acercarse a los sacramentos, aumentan las catequesis de niños y adolescentes y los locales de las iglesias son insuficientes para acoger a las personas que llegan.

La visita del Papa Juan Pablo II y su llamado en favor de la inserción de Cuba en el mundo han allegado al país muchos visitantes oficiales de diferentes países y gobiernos, deseosos de estrechar lazos comerciales o diplomáticos con la nación antillana. Países que no tenían relaciones diplomáticas con Cuba las han reanudado y otros, como España, las han normalizado. Dentro de esta dinámica de acercamiento se destacan la visita del Primer Ministro canadiense Jean Chrètien y las medidas tomadas por el Presidente Clinton con relación a viajes directos para los cubanos desde Miami, envío de ayuda monetaria a las familias en Cuba y algunas facilidades para la compra de medicinas.

En resumen, el mundo parece moverse hacia Cuba en el tiempo posterior a la vista papal y contrasta esta actividad de los últimos cinco meses con el casi inmovilismo en lo que se refiere a visitas de importancia o acciones diplomáticas de cierto peso en los dos años anteriores. Resulta también digno de mención que todo visitante oficial declara venir a Cuba animado por el viaje del Papa a nuestro país y su llamado a romper su aislamiento.

No se logra ver esa misma intensidad, sin embargo, en la dinámica interna de la nación. Aunque cinco meses es poco tiempo para que se pueda constatar el influjo real del mensaje del Papa a los cubanos y su repercusión concreta en la vida nacional, se espera al menos descubrir en actitudes y palabras oficiales ciertos enfoques nuevos, así como un número mayor de gestos indicadores de una mentalidad más amplia y flexible para el futuro.

En general, tanto en la vida de la nación, como, en lo que se refiere a las relaciones con la Iglesia, podría tenerse la impresión de que la visita del Papa a Cuba ha sido considerada como un paréntesis que se abrió y se cerró sin mayores consecuencias. En realidad puede no ser así, sobre todo en las relaciones del Estado con la Iglesia Católica, que han experimentado cierto desarrollo en los últimos tiempos, pero esto se hace menos evidente en otros campos de la vida civil.

Preocupa la imprescindible interacción recíproca de lo interno y lo externo en la vida de la nación. Así, un dinamismo en las relaciones internacionales con un mayor flujo de inversiones desde el exterior hacia Cuba puede influir positivamente en una dinamización de la sociedad cubana, pero, y esto sería lamentable, un estancamiento en la vida interna del país, puede disminuir o condicionar en gran medida la esperanza y el dinamismo que desencadenó en los medios internacionales la visita del Papa.

Este es un momento excepcional de la historia contemporánea de Cuba, un momento que no debe perderse, porque no se repiten en la historia de una nación oportunidades de este género. Yo rezo todos los días porque ambos dinamismos puedan conjugarse y fecundarse mutuamente, así el efecto de la piedra lanzada por el Santo Padre en aquel estanque de aguas quietas producirá también la esperada reacción en cadena que *«abra a Cuba, con todas sus magníficas posibilidades, al mundo.»*

Repito que cinco meses es aún poco tiempo. En el tiempo milenario de la Iglesia, no es contabilizable, en el largo tiempo de 40 años de la Revolución cubana es poco, en el tiempo del mundo actual, donde todo ocurre pronto o el momento pasa con rapidez, comienza a parecer suficiente.

Quizás la mirada de ustedes, hombres y mujeres del mundo de la noticia, sigue el ritmo acelerado que imponen las comunicaciones hoy día. El desfase con respecto al tiempo real del mundo tecnificado y más avanzado es propio de los países del llamado Tercer Mundo en general, incluyendo a no pocos de América Latina y sobre todo a los países africanos. Ritmos de crecimiento económico lento, ritmos políticos no bien establecidos ni sistematizados generan una vida social más o menos apagada, que va siempre despacio. La tentación de dinamizar de un golpe ese mundo, tanto en lo económico como en lo político y social puede violentar los ritmos de esos pueblos y producir situaciones de inestabilidad y de crisis. Por ejemplo, las políticas económicas de choque en países del tercer mundo, en la misma América Latina, traen miseria e inquietudes sociales; la rápida implantación de un sistema económico de mercado de tipo neoliberal en países del antiguo campo socialista, incluyendo a Rusia, sin que estas medidas fueran progresivamente asimiladas, dosificadas y reguladas, ha originado nuevos males en esos pueblos.

El Papa Juan Pablo II habló en Cuba de la gradualidad en la

transformación de la sociedad. En las circunstancias presentes esa gradualidad se hace necesaria para favorecer los cambios progresivos deseables, sin los excesos del apresuramiento, pero sin el defecto, no menos peligroso, de la lentitud o de la inercia.

El Santo Padre, en su discurso del Aula Magna de la Universidad de La Habana, expresó: *«el Padre Varela era consciente de que, en su tiempo, la independencia era un ideal todavía inalcanzable y se dedicó a formar personas, hombres de conciencia.... Toda la vida del Padre Varela estuvo inspirada en una profunda espiritualidad cristiana... Eso lo llevó a creer en la fuerza de lo pequeño, en la eficacia de las semillas de la verdad, en la conveniencia de que los cambios se dieran con la debida gradualidad hacia las grandes y auténticas reformas.»*

Este espíritu Vareliano lo ha mantenido la Iglesia en Cuba a través de los años. Así ha sido desde antes del Encuentro Nacional Eclesial Cubano, *ENEC,* en 1986, pero sobre todo después de su realización, y en este camino ha sido confirmada por el Papa Juan Pablo II en su reciente visita. Esta paciencia de una Iglesia que es milenaria y que se apoya en el Evangelio del amor y de la reconciliación, le ha permitido ser parte activa en una transición en las relaciones de la Iglesia y el Estado en Cuba que van desde el choque directo y la confrontación, pasando por el desconocimiento de la Iglesia como realidad sociológica, hasta la aceptación de la existencia de la Iglesia y hoy se vislumbra un reconocimiento progresivo y más amplio de su función social.

El Papa, en su discurso dirigido en La Habana a la Conferencia de Obispos de Cuba nos instaba a *«reclamar el lugar que le corresponde a la Iglesia en el entramado social donde se desarrolla la vida del pueblo.»* Y el Santo Padre animaba a los obispos a que, *«en este empeño... mantengan, tratando de incrementar su extensión y profundidad, un diálogo franco con las Instituciones del Estado y las organizaciones autónomas de la sociedad civil.»*

Procurar este diálogo, ensancharlo, buscando siempre espacios más abiertos para la misión de la Iglesia, manteniendo al mismo tiempo su independencia y su identidad como comunidad de fe, alejada de toda instrumentalización política ni por parte del Estado ni por personas o entidades con programas políticos alternativos, para ser capaz de anunciar el evangelio liberador y enaltecedor de la persona humana. Ese ha sido el programa de la Iglesia Católica en Cuba.

Esta es la Iglesia que ha visto crecer en número y en calidad a sus fieles y que no cesa de experimentar pruebas crecientes de respeto, de simpatía y de confianza por parte del pueblo cubano. Esta es la Iglesia que invitó al Papa Juan Pablo II, la que preparó su visita con una misión nacional extraordinaria, la que organizó las hermosas celebraciones de Santa Clara, Camagüey, Santiago de Cuba y La Habana con una vibrante participación de nuestro pueblo.

La que ahora cosecha emocionada y agradecida a su Señor, los frutos espirituales de esa visita y se sabe apoyada y sostenida por sus fieles y por el Sucesor de Pedro y cuantos colaboran con él en la Curia Romana. Esta Iglesia es la que en cierto modo resulta homenajeada en mi persona hoy por ustedes, queridos comunicadores cristianos porque, con el estilo que he descrito, mis hermanos obispos de Cuba y yo hemos proclamado durante estos años la fe en Jesucristo, único Salvador, a todo el pueblo cubano.

Heraldo de la fe es quien la proclama, pero el heraldo cristiano debe ser como su Señor, de quien dijo el profeta: *«no gritará, no voceará por las calles. La caña cascada no la quebrará, el pabilo vacilante no lo apagará.» (Isaías 42,1-2).* El Heraldo de Cristo se pondrá en la escuela de su maestro: *«aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón.»* Si es éste el testimonio cristiano que ustedes desean reconocer, aunque imperfectamente alcanzado, es el que me he esforzado por dar a través de todo mi ministerio sacerdotal. Como el Padre Varela, y siguiendo el pensamiento del Papa Juan Pablo II, creo en la fuerza de lo cotidiano, de lo pequeño y esto no sólo para lo que toca a la misión de la Iglesia. Creo también que para resolver las dificultades de mi país valen los pasos pequeños y consistentes y que los efectos transformadores de la misión del Papa Juan Pablo II en Cuba, que alcanzan ya a la Iglesia Católica, llegarán también hasta las estructuras de la sociedad cubana. Esta es mi confianza y mi continua oración al Señor. Que Dios los bendiga.

Muchas Gracias.❑

Fotos:
Página 10. *De izquierda a derecha: el Cardenal Jaime Ortega, el Rector de la Universidad Católica de Rhode Island,Estados Unidos, y el Padre Rolando Cabrera, secretario personal del Arzobispo de La Habana.*
Página12. *El Cardenal Jaime Ortega junto a la directiva de la Universidad Católica de Rhode Island.*

«LA EDUCACIÓN CATÓLICA NO IMPONE VALORES;

LOS PROPONE»

El purpurado de la Santa Sede, Prefecto de la Congregación para la Educación Católica, visitó cuatro diócesis, se reunió con la alta jerarquía eclesiástica de la Isla, miembros de la Iglesia local y con autoridades del Estado.

POR EMILIO BARRETO

FOTOS: JAVIER BARRAL

*INVITADO PARA LA CELEBRACIÓN solemne de los santos apóstoles Pedro y Pablo (29 de junio), fecha que también conmemora el **Día del Papa**, llegó a La Habana el viernes 26 de junio en horas de la noche en un vuelo de Cubana, procedente de Roma, Su Eminencia el Cardenal Pío Laghi, Prefecto de la Congregación para la Educación Católica y Presidente de la Comisión para la Equitativa Distribución de los Sacerdotes en el Mundo y uno de los más cercanos colaboradores de Su Santidad Juan Pablo II.*

Durante su estancia en Cuba, que se extendió hasta el martes 30 de ese mismo mes, el Cardenal Laghi cumplió con una bien apretada agenda de trabajo que lo llevó a visitar cuatro diócesis donde se encontró con miembros de la Iglesia local. Los compromisos del purpurado se ampliaron también al sostenimiento de reuniones con funcionarios del Gobierno cubano.

La Iglesia en la Educación

El sábado 27, a primera hora, el Prefecto de la Congregación para la Educación Católica sostuvo un animado **Encuentro con educadores católicos y no católicos** en el aula Fray Bartolomé de las Casas, del Convento San Juan de Letrán, perteneciente a los Padres Dominicos. En esta cita con maestros de todos los niveles de la enseñanza en Cuba, el Cardenal Laghi tocó puntos inmediatos en la gama de intereses del Pueblo de Dios en esta Isla. En tal sentido, puedo nombrar temas tales como: primero: *La libertad y el derecho que tienen los padres de educar a sus hijos bajo los preceptos que deseen.* Segundo: *La Santa Madre Iglesia tiene el deber y la obligación de ofrecer educación a todos sus hijos.* Tercero: *La Iglesia, como institución educadora, no impone valores; los propone.* Cuarto: *Un Estado no puede tener el valor informativo (educativo) que puede ofrecer la Iglesia. La consecución de esto significaría alcanzar un ascenso gradual y progresivo sin cortar cualquier tipo de esperanzas.* Quinto: *Las escuelas católicas se basan en los principios de libertad y fraternidad.*

En un castellano amplio, claro, pausado y con acento ligéramente ibérico, Su Eminencia interrumpió en algunas ocasiones su discurso escrito para ilustrar con ejemplos cada tesis enunciada. De esta manera, al referirse a la esencia de la educación católica estableció un paralelo entre los valores y objetivos que suele perseguir la educación pública en el mundo occidental desarrollado. Las apreciaciones del Cardenal Laghi condujeron a afirmar que la educación pública en el mundo (occidente) se ocupa de la instrucción más que de la educación. De ahí que se establezca una relación de ruptura entre ambos términos. Es decir, la educación moderna de occidente instruye académicamente con un valor utilitario; forma profesionales y técnicos con gran talento para la producción. Luego entonces, sin soslayar los grandes avances de la educación pública en la instrucción académica, el Cardenal Laghi se refirió a la educación católica como sistema complejo capaz de crear e inculcar valores.

Si atendemos a la dicotomía

señalada por Su Eminencia podemos obtener, como resultante, la siguiente problemática: Al llegar a joven, el hombre es situado en una encrucijada: *"debe escoger entre el ser (valores éticos) y el haber (tener).* Llegado este momento se aprecia la falta y la necesidad de la educación en la enseñanza de la **Etica** y la **Cívica**. Con ambas materias se persigue que cada educando obtenga las herramientas necesarias para que pueda formar su propia escala de valores. Al decir del Cardenal Laghi, una educación neutra, en cuanto a valores, no es realmente educación. Al referirse a la educación pública, es justo señalar las frases de elogio pronunciadas por el purpurado de la Santa Sede en relación con el trabajo realizado por Cuba en la educación durante los últimos cuarenta años, cuyo primer e inobjetable logro es la erradicación del analfabetismo de todo el territorio nacional.

Una vez concluida la conferencia, el Prefecto de la Congregación para la Educación Católica promovió un diálogo con los presentes sobre la base del intercambio a partir de preguntas, respuestas y comentarios. El Cardenal Laghi sabe escuchar. Lo hace prestando gran atención y con una expresión que tiende a esbozar una mediasonrisa, característica que le confiere, a sus 76 dinámicos años, un aspecto magnetizador capaz de atraer a cualquier interlocutor. Así, respondió preguntas relacionadas con la nueva proyección de la educación católica en estos tiempos cercanos al jubileo del año 2000 y la formación de valores para padres cubanos cuyos hijos se hallan, o entran, en la etapa de la adolescencia.

El **Encuentro del Cardenal Laghi con Educadores Cubanos** en el Convento de San Juan de Letrán culminó con la aceptación del siguiente criterio: *"Estos son momentos de amor, reconciliación y perdón. Tenemos que ser puentes"*. Estuvieron presentes Su Excelencia Monseñor Emilio Aranguren, Obispo de la Diócesis de Cienfuegos y Su Excelencia Monseñor Beniamino Stella, Nuncio Apostólico de Su Santidad en Cuba, así como sacerdotes, religiosos y religiosas de la Arquidiócesis de La Habana.

Breves de la Agenda

Al filo del mediodía Su Eminencia el Cardenal Pío Laghi tuvo un encuentro con el Cardenal Jaime Lucas Ortega Alamino, Arzobispo de La Habana, en la residencia de éste último (Arzobispado de La Habana). Horas después, a las 5:00 p.m., inició un viaje hacia la diócesis de Pinar del Río y, a las 7:00 p.m., cenó en el Obispado con Su Excelencia Monseñor José Siró González Bacallao. A las 8:30 p.m., el Cardenal Laghi, reeditó el Encuentro matutino de La Habana, pero esta vez con educadores pinareños.

Verticalidad del sacerdocio

El domingo 28, a las 9:30 a.m., el Cardenal Laghi visitó el Seminario San Carlos y San Ambrosio en compañía del Nuncio Apostólico. Allí fue recibido por el Padre René Ruiz, Rector del Centro, y casi un centenar de jóvenes seminaristas que escucharon el magisterio del purpurado de la Santa Sede en el teatro de esa Institución de altos estudios.

El Encuentro con los seminaristas comenzó con unas palabras de bienvenida pronunciadas por el Rector. Inmediatamente después el Cardenal Laghi desarrolló su oratoria apoyada en la formulación de conceptos sobre el sacerdote y el sacerdocio. Las ideas del Cardenal Laghi descansaban en su vasta experiencia de poco más de cincuenta y dos años como presbítero y en la muestra verbal de un rico anecdotario con el que pudo ejemplificar cada una de las tesis planteadas.

Es imposible, por problemas de espacio, reproducir todo cuanto se debatió en esa reunión. Pero es necesario hacer referencia a la observación reflexiva realizada por el Cardenal Laghi ante la pregunta *¿Qué es un sacerdote?*, formulada por él mismo. *"Hay que tener una idea muy clara* –dijo-. *En América Latina el sacerdocio tiene dimensiones que no son muy claras; tiene una*

larga dimensión horizontal que se extiende en lo social. Los sacerdotes se han convertido en agentes sociales, -en bien de la sociedad, por cierto-. Esa es una dimensión comunitaria. Pero existe también una dimensión vertical: el hombre asumido por el pueblo como Hombre de Dios. El sacerdote actúa ***in persona Christi****: es Cristo mismo que actúa en nosotros. Si la necesidad lo requiere, es justo convertirse en un misionero social, en un luchador por las libertades, pero sin olvidar que es un Pastor. Como agente social, el sacerdote le debe obediencia al Obispo y debe recordar siempre que actúa en nombre de la Iglesia. El sacerdote debe ser sereno, positivo y lleno de esperanzas".*

El Cardenal Laghi animó a los jóvenes seminaristas a reforzar esta dimensión del sacerdocio con una buena formación humana, espiritual, intelectual y pastoral: cuatro puntos que, equilibrados, ayudan en el accionar diario del pastor. Después, el Cardenal Laghi se interesó en sostener un intercambio de impresiones con los seminaristas. Indagó sobre los planes de estudio, las vocaciones, el ingreso al Seminario... Algunos datos le fueron suministrados por el Rector del Centro y por el Padre Joan Rovira s.j., Rector del Seminario San Basilio Magno, de Santiago de Cuba, quien explicó que este año el Seminario santiaguero celebró sus 275 años de fundado, y dio a conocer que, a partir de ahora, en ese Centro de estudios los educandos recibirán los cuatro cursos de Filosofía y no solamente dos como hasta el presente.

Finalmente, el Cardenal Laghi exhortó a los seminaristas a que, en la formación como buenos sacerdotes en el momento actual que vive la Isla, pongan más énfasis *"en la asimilación de las raíces de Cuba y su historia. Esto es algo que está en consonancia con el discurso de llegada del Papa a Cuba"* el miércoles 21 de enero del presente año en el aeropuerto internacional José Martí, de esta capital.

Aproximadamente a las 11:00 a.m., el Cardenal Laghi presidió la Eucaristía celebrada en la Capilla del Seminario. Luego de la Santa Misa almorzó en el Seminario en compañía del Nuncio Apostólico, los Rectores de ambos Seminarios, profesores laicos y seminaristas.

Fin de la Agenda

Esa tarde, a las 3:00 p.m., Su Eminencia partió hacia la Diócesis de Cienfuegos. Allí fue recibido por Su Excelencia Monseñor Emilio Aranguren, Obispo de esa Diócesis, con quien cenó en el Obispado a las 6:00 p.m. Una hora después, el Cardenal italiano presidió la Santa Misa en la Catedral de Cienfuegos en la víspera de la Fiesta de San Pedro y San Pablo. El lunes 29, a las 9:00 a.m., ya de vuelta en la Capital, realizó una visita al Ministro de Educación, señor Luis Gómez. A las 10:30 a.m. visitó al Ministro de Educación Superior, señor Fernando Vecino Alegret. Poco más tarde, a las 11:30 a.m. sostuvo un Encuentro con Sacerdotes y Religiosas en el Seminario San Carlos y San Ambrosio. A la 1:30 p.m. almorzó en la Nunciatura Apostólica, sitio en el que permaneció alojado y, a las 2:45 p.m., salió para la Diócesis de Matanzas. A las 4:00 p.m. dictó una Conferencia en la iglesia La Milagrosa, de esa ciudad. A las 5:30 p.m. regresó a La Habana.

A las 8:00 p.m. presidió la Eucaristía por la solemnidad de los santos apóstoles Pedro y Pablo en la SMI Catedral de La Habana. En la Santa Misa concelebraron Su Eminencia Cardenal Jaime Ortega, Arzobispo de La Habana, Monseñor Alfredo Petit, Obispo Auxiliar de La Habana, Monseñor Dionisio García, Obispo de Bayamo, Monseñor Beniamino Stella, Nuncio Apostólico, así como casi medio centenar de sacerdotes de esta Arquidiócesis. Participaron también una decena de diáconos. Se encontraban presentes una gran cantidad de religiosas. Fueron invitadas, además, autoridades del Gobierno de la República y personalidades del Cuerpo Diplomático. Para la ocasión, la liturgia contó con la participación de una pequeña parte del gran coro que cantó en la Misa del Papa en La Habana e interpretó las mismas canciones de aquel domingo 25 de enero. Por la importancia que reviste la homilía pronunciada por el Cardenal Laghi esa noche, **Palabra Nueva** la reproduce completa al final de este reportaje.

El martes 30, a las 9:00 a.m., Su Eminencia sostuvo un Encuentro con el Licenciado Eusebio Leal Spengler, Historiador de la Ciudad, con quien realizó una visita al Casco Histórico de La Habana Vieja. A las 11:00 a.m. se reunió en el edificio del Comité Central del Partido Comunista de Cuba con la señora Caridad Diego, miembro del Consejo de Estado y Jefa de la Oficina para la Atención de los Asuntos Religiosos del Comité Central del PCC.

En la Nunciatura Apostólica, a las 3:00 p.m., develó una tarja conmemorativa de la visita del Santo Padre a Cuba. A las 5:00 p.m. partió hacia el Aeropuerto Internacional de La Habana para tomar el vuelo con destino a Roma. ❑

Deseo dar gracias a Dios por el testimonio valiente, perseverante y paciente de esta Iglesia cubana

Catedral de La Habana, Lunes 29 de junio

Excelentísimo Señor Cardenal

Excelentísimo Señor Nuncio Apostólico de Su Santidad en Cuba

Autoridades de la Nación

Queridos Obispos

Ilustres miembros del Cuerpo Diplomático

Queridos sacerdotes y religiosas

Hermanas y hermanos.

1. *"Mientras Pedro estaba en la cárcel, la Iglesia oraba insistentemente a Dios por él"* (Hc. 12,5).

Al celebrar hoy la Solemnidad de los santos apóstoles Pedro y Pablo, la Iglesia en todo el mundo eleva su incesante oración por el que hoy es Sucesor del Príncipe de los apóstoles y lleva el nombre de Juan Pablo II.

En la lectura que hemos escuchado vemos que, desde el principio, el ministerio y el testimonio de Pedro eran acompañados por la plegaria perseverante de toda la Iglesia. La oración por el Vicario de Jesucristo es imprescindible para que el Papa pueda desempeñar, plenamente y con frutos, su ministerio de Supremo Pastor.

Es por ello que la memoria del martirio de San Pedro y San Pablo nos reúne para celebrar el Día del Papa, con esta Eucaristía que tengo el gozo de presidir en esta Catedral de San Cristóbal de La Habana, junto a esta Iglesia que hace sólo cinco meses recibió la visita del Santo Padre.

La peregrinación apostólica de Su Santidad a Cuba mantiene hoy toda su vigencia, como lo demuestra la reciente visita hecha por los Obispos cubanos a Roma, para agradecer y para evaluar ese nuevo "Pentecostés". Durante aquellas jornadas este pueblo supo dar ante el mundo muestra convincente de su fe, de su cultura cívica, de su hospitalidad tradicional y, también de la respetuosa acogida a la diversidad de ideas, creencias y filosofías, cosas que hablaron por sí mismas de la nobleza de alma y de las potencialidades de esta Nación.

En esta Eucaristía deseo dar gracias a Dios por el testimonio valiente, perseverante y paciente de esta Iglesia cubana. Ella nos ha edificado a todos con esa mística que el mismo Santo Padre destacó en la Universidad de La Habana cuando dijo del Padre Varela, que su *"su profunda espiritualidad cristiana... lo llevó a creer en la fuerza de lo pequeño, en la eficacia de las semillas de la verdad, en la conveniencia de que los cambios se dieran con la debida gradualidad hacia las grandes y auténticas reformas" (Discurso en la Universidad. No. 4c).*

La Iglesia en Cuba ha bebido de esta fuente de espiritualidad. Esta es, en verdad, una forma de vivir coherentemente el Evangelio de Jesucristo, quien anunciaba que el Reino de los cielos era como un pequeño grano de mostaza, como un fermento puesto en medio de la masa (Cfr. *Mt. 13, 31-33).*

Este ha sido el secreto de la vigilante espera en la plegaria y en el testimonio de esta Iglesia. Quizás sea también la motivación profunda de su inquebrantable esperanza, que se hace amor servicial a las necesidades de su pueblo. ¿Y no será ella también lo que ha permitido que crezca en ella la semilla de la verdad y que muchos vengan a ella para buscar sentido, ánimo y sosiego?

La visita del Papa fue ocasión para que el mundo, y también el propio pueblo cubano, pudieran comprobar más, claramente, la capacidad de convocatoria de la Iglesia, su unidad en la sana diversidad, su creciente vitalidad, la credibilidad de que es merecedora, su creatividad para inventar nuevos caminos para la caridad , el culto y el anuncio del Evangelio. El Santo Padre tuvo la valentía de lanzar aquella convocatoria que hoy se ha hecho casi universal y que, gracias a Dios, va teniendo respuestas concretas, -me refiero quizá a la frase más conocida de su insigne magisterio en esta Isla: *"Que Cuba se abra al mundo y que el mundo se abra a Cuba"*-; si esa frase ha movido iniciativas internacionales y la voluntad de los gobernantes de las naciones, ha sido probablemente porque encontró en la Iglesia de Cuba una comunidad de puertas abiertas, capaz de favorecer, acoger y acompañar esa apertura, una comunidad digna, confiable y dispuesta al servicio y a la entrega sacrificada, de modo que esa convocatoria partiera de un lugar creíble, preparado para dar continuidad y garantía a la iniciativa pontificia.

Por ello debo decir que la Iglesia de este país ha recibido un altísimo compromiso.

De cara a él, en este día en que celebramos la memoria martirial de las columnas de la Iglesia Católica, roguemos por el Papa, pero roguemos también por la Iglesia de Cuba, para que, con Pedro y con Pablo y con el Papa, pueda seguir proclamando con fuerza la fe, la fe en Cristo, expresada en las hermosas palabras de Pedro: *"Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo" (Mt. 16, 16).*

Roguemos por los Obispos cubanos, guías y pastores de este pueblo. *"En esta hora histórica de la vida nacional... ¡Que no falte nunca su voz, que es la voz de Cristo que los envió y consagró a su servicio! (Discurso a los obispos cubanos, 9 de junio de 1998, no. 5).*

Roguemos por los laicos católicos, para que por su aportación específica, Cuba pueda abrirse al mundo y el mundo a Cuba. *"La tarea del laicado católico comprometido,* decía el Papa hace cinco meses en esta misma Catedral, *es precisamente abrir los ambientes de la cultura, la economía, la política y los medios de comunicación para transmitir, a través de los mismos, la verdad y la esperanza sobre Cristo y sobre el hombre" (o.c. no. 6).*

Esto nos dice San Pablo, a quien conmemoramos hoy como al más intrépido e insigne predicador de la verdad sobre Cristo y sobre el hombre, y como al que supo abrir la Iglesia a todas las culturas de su tiempo, a todos los pueblos, en las más difíciles circunstancias.

Su audacia apostólica, su universalidad, su apertura de mente y de métodos para anunciar la verdad, lo han convertido en el paradigma de esa nueva evangelización que en areópagos contemporáneos exigen de la Iglesia tal capacidad de inculturación, tal creatividad para encontrar espacios, tal fidelidad a su propia identidad, que hoy también nos da la impresión, como al Apóstol de las Gentes, de que es una carrera en la que vale tanto llegar hasta la meta como mantener la fe en el trayecto.

Esa fe inquebrantable en lo que no podemos ver todavía pero que ya se va sembrando en el surco, es la garantía para que la Iglesia no se canse en su caminar, a pesar de que los tiempos sean largos y los pasos lentos.

Mientras llega plenamente la hora de la gracia que ya transcurre en la esperanza, la Iglesia va formando hombres y mujeres, con esa misma raigambre de fe y cubanía con la que el Padre Varela, egregio fundador de una nueva pedagogía, *"se dedicó* –cito al Papa en la Universidad- *a formar personas educadas para la libertad y la responsabilidad, con un proyecto ético forjado en su interior, que asuman lo mejor de la herencia de la civilización y los perennes valores trascendentes, para así ser capaces de emprender tareas decisivas al servicio de la comunidqd". (Discurso en la Universidad, no. 4ª)*

Mirar hoy a San Pablo es recordar a aquel apóstol sencillo en su intrepidez, que se acercó a los Atenienses, proponiendo *"dar nombre y anunciar la persona"* de un dios desconocido que sólo tenía pedestal en el areópago. Hoy también existen areópagos semejantes y el Papa los señala en el mundo de la ciencia y de la técnica, de la pedagogía, de la política y la economía, de las artes y de las letras. Como sabemos, hoy hay muchos pedestales, levantados por la modernidad, que han confundido las lenguas de los pueblos como nueva Babel, sin alcanzar conocer, o reconocer, la identidad de ese Absoluto que da sentido a la búsqueda humana de la verdad, la belleza y la bondad en los ámbitos de la existencia.

La educación católica, como lo enseña la historia de la civilización, no es sólo una obra evangelizadora, sino también promotora de la convivencia de los pueblos; ella enriquece los valores de su eticidad, da sentido profundo a su existencia, los anima en los más audaces proyectos de libertad y justicia social, y abre las mentes y los corazones a la trascendencia.

Por tanto la Iglesia, con su obra educativa, está llamada a dar una contribución muy sustancial a la sociedad cubana; además de su aporte específico en la escuela católica, como *"experta en humanidad"* puede potenciar las acciones educativas todas y dar aliento de perseverancia y motivaciones profundas a cuantos ejercen responsabilidades de este género, aún cuando realicen su labor formadora en ambientes laicos o de simple inspiración cristiana.

¡El soplo del Espíritu es propio del Evangelio, y hoy sabemos, por boca de su Sucesor, que *"el Espíritu sopla donde quiere, y quiere soplar en Cuba"*! El Papa repite una y otra vez que toda nación debe abrir de par en par sus puertas a ese Espíritu, en su cultura, en su educación, en su historia. La venida del verbo de Dios hecho carne, la presencia del Hijo del hombre no fue una intromisión en el mundo sino un don. Fue un aliento de vida, no un viento devastador.

En esta perspectiva de valores universales, el Santo Padre recordó a las familias cristianas de Cuba, en Santa Clara, que ellas tienen el deber de exigir al Estado el derecho de escoger para sus hijos, el estilo pedagógico, los contenidos éticos y cívicos, y la inspiración religiosa en los que desean formarlos integralmente. La formación religiosa, en las escuelas y en otros ambientes de la sociedad civil, de ningún modo entra en contradicción con el carácter laico del estado moderno. Es precisamente la propia secularidad del Estado la garantía para no intervenir, ni privilegiar, ni limitar la educación religiosa que escoja libremente la comunidad educativa, formada por la familia, la escuela y la Iglesia.

Hasta ahora la educación ética, cívica y religiosa es una de las obras que la Iglesia en Cuba realiza ya, aunque de modo no institucional, pero ella pide, además, *"el tiempo, los medios y las instituciones que son propios de esa siembra de virtud y espiritualidad" (Homilía de Camagüey, no. 3).*Este es un camino de evangelización de la cultura para que Cuba pueda crecer en humanidad.

Conclusión

El tiempo de los hombres y de los pueblos se convierte, a su ritmo, en tiempo de Dios, en tiempo de gracia y salvación. Al sonar la hora de la gracia y la reconciliación en esta nueva etapa de la historia de Cuba me uno, de todo corazón, a la plegaría de su Iglesia. Ella, al mismo tiempo que ora insistentemente a Dios por el Sucesor de San Pedro, implora del Espíritu la sabiduría y la audacia apostólica de San Pablo, para poder aplicar y dar seguimiento a los gestos y a las enseñanzas del Sumo Pontífice en esta tierra amada.

Que Dios bendiga a Cuba. Así sea. ❑

Datos biográficos del Cardenal Pío Laghi

Su Eminencia Cardenal Pío Laghi nació en Castglione di Forli el 21 de mayo de 1922. Después de realizar los estudios en la escuela elemental y secundaria en el Instituto Salesiano de Faenza, ingresó en el Seminario diocesano, donde cursó los estudios de Filosofía; asistió después a la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Lateranense, como alumno del Pontificio Seminario de Teología. Fue ordenado sacerdote en Faenza el 20 de abril de 1946.

Llegó a Roma en 1947, para recibir el Doctorado en Sagrada Teología, y en 1950 el de Derecho Canónico. En marzo de 1952 fue llamado a prestar servicios en la Santa Sede y enviado como Secretario de la Nunciatura en Managua, Nicaragua. Tres años después fue transferido, primero como Secretario y después como Auditor, a la Delegación Apostólica en Washington. En 1961 es enviado a la Nunciatura Apostólica en Nueva Delhi, India.

Llamado de nuevo a Roma en 1964, trabajó durante cinco años en la Secretaría de Estado, en el Consejo para los asuntos públicos, conocido hoy como Sección para las Relaciones con los Estados.

El 24 de mayo de 1969 fue elevado a la dignidad arzobispal y designado Delegado Apostólico en Jerusalén, desempeñó también el doble encargo de Pro-Nuncio en Chipre y de Visitador Apostólico para Grecia.

Fue Nuncio Apostólico en Argentina desde abril de 1974 hasta diciembre de1980, cuando Juan Pablo II lo nombra Delegado Apostólico en Estados Unidos. Al establecerse relaciones oficiales entre este país y la Santa Sede, Monseñor Laghi fue nombrado Pro-Nuncio en Washington.

En 1990 es llamado a Roma por el Papa Juan Pablo II, quien le nombra Pro-Prefecto de la Congregación para la Educación Católica. Elevado al Colegios de Cardenales en el consistorio de mayo de 1991, recibe el nombramiento de Prefecto de la mencionada Congregación.

El Cardenal Pío Lghi es además miembro de las Cogregaciones para los Obispos, para la Evangelización de los Pueblos, para el Clero y de las Causas de los Santos. En 1992, el Santo Padre le nombró Presidente del Pontificio Oratorio de San Pedro.

LA VISITA DEL ARZOBISPO DE MIAMI

La Iglesia católica en Cuba recibió el pasado mes de mayo, en visita de cuatro días, a Su Excelencia Monseñor John C. Favalora, Arzobispo de Miami. El prelado norteamericano, acompañado de Monseñor Thomas Wenski, Obispo Auxiliar de Miami, y de un grupo de laicos norteamericanos que trabajan para Catholic Relief Services, la Agencia caritativa de la Iglesia de los Estados Unidos de América, llegó a esta Capital el día 25 en horas del mediodía y fue recibido por Monseñor Alfredo Petit Vergel, Obispo Auxiliar de La Habana.

Ese mismo día, en horas de la tarde, el grupo se trasladó hacia la Diócesis de Pinar del Río, donde tuvo lugar un encuentro con Monseñor José Siro González Bacallao, Obispo de esa Diócesis.

Al día siguiente Monseñor Wenski, en compañía de los laicos de CRS, se trasladó hasta la zona más oriental del País.para entrevistarse con Monseñor Pedro Meurice Estiú, Arzobispo de la Arquidiócesis santiaguera, con Monseñor Carlos Jesús Patricio Baladrón Valdés, Obispo de la Diócesis Guantánamo-Baracoa y con Monseñor Dionisio García, Obispo de la Diócesis Bayamo-Manzanillo.

Monseñor Favalora, quien permaneció en La Habana, sostuvo varias reuniones de trabajo con el Cardenal Jaime Ortega. El 28 de mayo, en horas de la mañana, el Arzobispo de Miami, realizó una visita a la Oficina de Asuntos Religiosos del Comité Central del PCC. El 29 de mayo regresó a los Estados Unidos. Antes de partir, ofreció una Conferencia de Prensa en la que leyó la siguiente declaración. ❑

Declaración de Su Excelencia *Monseñor John C. Favalora* Arzobispo de Miami

La Habana, 29 de mayo de 1998

Con gran alegría vine a visitar Cuba con el Obispo Wenski, mi auxiliar, y otros sacerdotes de la Arquidiócesis de Miami, junto con representantes de Catholic Relief Services (CRS), una organización de la Conferencia Nacional de Obispos de los Estados Unidos. Mi visita ha sido una oportunidad privilegiada para conocer más personalmente la Iglesia en Cuba. Mis responsabilidades en Miami incluyen el cuidado pastoral de muchas personas de origen o ascendencia cubana. Estoy aquí para aprender más acerca de su hermosa cultura y así poder servir mejor a sus necesidades pastorales

He venido también para visitar a Su Eminencia, el Cardenal Jaime Ortega y a mis hermanos Obispos cubanos, para mostrar mi apoyo a ellos y al trabajo de la Iglesia en Cuba. El excelente liderazgo eclesial del Cardenal es muy admirado y respetado por todos los Obispos de La Florida y por toda la jerarquía eclesiástica de los Estados Unidos.

También estoy aquí para fortalecer los vínculos entre Catholic Relief Services (CRS) y Cáritas Cuba. Ambas organizaciones de la Iglesia Católica en los Estados Unidos y en Cuba para la ayuda humanitaria. Ellas han colaborado en estos últimos años y nosotros queremos estimular esta colaboración en el futuro, de acuerdo al llamado del Santo Padre Juan Pablo II.

Fue un gozo inmenso para mí y, en realidad, para todos los Obispos que vinimos para la visita papal, constatar la obra del Espíritu Santo en esta Iglesia, por medio de la guía espiritual del Cardenal y los Obispos. Esta obra del Espíritu es profundamente vivificadora y religiosa. El liderazgo espiritual de los Obispos cubanos ha sido un ejemplo, para mi y para todos los Obispos, de confianza en la Providencia de Dios y en la maravillosa protección de María, la Madre de Dios, Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, quien guía las vidas del pueblo cubano.

Después de mi viaje para la visita papal, yo comuniqué a todos en la Arquidiócesis de Miami la experiencia tan positiva que tuvimos en aquella ocasión. Mientras me preparo para abandonar Cuba, quisiera asegurar a Su Eminencia, Cardenal Ortega y a todos en la Iglesia cubana, mi deseo como Arzobispo de Miami de continuar fortaleciendo las buenas y fluidas relaciones entre nuestras dos Iglesias locales.

Con mucho amor y toda confianza, prometo mi apoyo personal para el Cardenal y todos los Obispos de Cuba y les aseguro el cariño, las oraciones y el apoyo de todos los fieles, sacerdotes, religiosos y laicos de la Arquidiócesis de Miami. Nosotros los de la Iglesia de La Florida nos sentimos edificados por la fe profunda y perseverante de los Obispos, sacerdotes, diáconos, religiosos y laicos de la Iglesia cubana; por su auténtica vivencia del Evangelio, aún en tiempos difíciles; por su firme devoción a Dios y a su Patria y por su amor a Jesucristo, Nuestro Señor y Salvador, cuyo amor lo conquista todo.

La Iglesia cubana es un testigo admirable para todos los miembros de la Iglesia de Miami. Yo he visto este gran testimonio con mis propios ojos y puedo decir al Cardenal Ortega que la Arquidiócesis de Miami está unida con la Iglesia de Cuba en el común cuidado pastoral de los hijos e hijas de Dios. Que el Espíritu Santo, el Espíritu de la Caridad, de Reconciliación, de Esperanza y de Amor guíe a la Iglesia que es Una.❑

HISTORIA DE LA EVANGELIZACION EN CUBA

La Guerra del 95 y la Iglesia Católica

POR PRESBÍTERO RAMÓN SUÁREZ POLCARI

AUNQUE LOS ARTÍCULOS de la Historia de la Evangelización en Cuba andan ya por la primera mitad del siglo XX y tocaría hablar de la Arquidiócesis de La Habana, permítanme mis queridos lectores retroceder en el tiempo y retomar el tema escabroso de la Guerra del 95. ¿Por qué lo hago? Como todos saben, este año se celebra el primer centenario del fin de esa guerra, que si bien fue necesaria, al decir de Martí, constituyó uno de los momentos más difíciles de nuestra historia en el periodo colonial. El tema está en el tapete: Reconcentración de Weyler, Intervención norteamericana en la Guerra, Desconocimiento de la participación cubana en la contienda... ¿Cuál fue la actitud de la Iglesia y su participación en estos acontecimientos?

El asunto da para un libro pero trataré de presentar sólo una panorámica que permita conocer la situación y sacar las conclusiones pertinentes.

La reconcentración

«...Las enfermedades se han aumentado y desarrollado, mucho más que de ordinario, por la aglomeración de tanta gente y la miseria es espantosa. Dios se apiade de aquella pobre isla y de España» Así se refería Mons. Sáenz de Urturi, Arzobispo de Santiago de Cuba, a los efectos que ya producía la llamada reconcentración de Valeriano Weyler, cuando le escribía desde Madrid al Cardenal Rampolla, Secretario de Estado de la Santa Sede, informándole sobre la terrible situación en la que se encontraba la isla de Cuba y, muy especialmente, su Arquidiócesis donde los estragos de la guerra se hacían sentir de forma alarmante.

Infanteríadel Generalísimo Máximo Gómez en la Campaña de La Reforma.

Pero ésto no ocurría sólo en la región oriental. Corrían los días del mes de mayo de 1896 y la guerra se extendía a todo lo largo de la Isla. Gobernaba como Capitán General Valeriano Weyler Nicolau, quien sustituyera al General Martínez Campos. Esta sustitución respondía a la solicitud que el propio Martínez Campos había dirigido al gobierno monárquico español. El "vencedor de la Guerra de los Diez Años" que, con la excepción del General Antonio Maceo, había logrado reducir a la Paz del Zanjón a todos los demás dirigentes de la Revolución de Yara, se encontraba sin los bríos de entonces para enfrentar el nuevo estallido de la insurrección cubana.

Desde mediados de 1895, Martínez Campos conocía muy bien hacia donde conduciría esta guerra si no se aplicaban todas las medidas posibles para reprimirla. Para llevar a cabo este plan de defensa existía un solo hombre capaz en todo el ejército español.

Valeriano Weyler Nicolau nació en Palma de Mayorca el 17 de septiembre de 1838. Graduado en la Escuela Especial del Estado Mayor había sido discípulo de Martínez Campos. Graduado con el mejor expediente de su clase, participó en la contienda restauradora donde conoció a Máximo Gómez y a Marcano. Durante la Guerra de los Diez Años dirigió el temido batallón de los Cazadores de Valmaseda. Encargado del distrito militar de Puerto Príncipe, dirigió las operaciones que terminaron con la muerte de Ignacio Agramonte. Fue Capitán General en las Filipinas y ejerció el gobierno en las provincias de Burgos, Navarra, las Vascongadas y Cataluña. Weyler regresó a Cuba en febrero de 1896 y, sin esperar mucho, implantó las terribles medidas de la reconcentración empezando por las Provincias Orientales y extendiéndola rápidamente a toda la Isla. Weyler fue considerado, por entonces en toda España, el hombre de la victoria, por lo cual recibió toda ayuda en fondos, pertrechos y soldados.

El periódico habanero **El País**, en una edición de febrero de 1896, publicaba las declaraciones del general Weyler referentes a su misión y forma de enfrentar la situación; a continuación unos párrafos que pueden ilustrarnos sobre el estilo de hombre duro y frío: "En lo que a mi se refiere, no tengo más que repetir lo que ya dije en Madrid al Conde de la Mortera, y a los diputados del Partido Reformista, y es que yo no vengo aquí para hacer política, ni para que predominen las ideas que como político pueda yo tener (...) Vengo, señores, decidido a concluir la guerra y para ello no veo ni quiero ver aquí más que españoles, que son los que están a mi lado; e insurrectos, que son los que están enfrente."

De esta manera quedaba excluida, para é1, toda posición media o neutral, y todo tipo de postura reconciliadora.

El primer bando de reconcentración se emitió el 21 de octubre de 1896, disponiéndose que, en un plazo de ocho días, todos los residentes en el campo o fuera de las líneas de fortificación de los poblados, se reconcentraran en los pueblos donde estuvieran establecidas las tropas españolas. Quedaba, además, prohibido todo movimiento de víveres y reses sin el correspondiente permiso oficial; y el que fuera encontrado sin éste sería juzgado como rebelde. La reconcentración comenzó por Pinar del Río y luego se extendió a toda la Isla. Se habla que más de 300 000 campesinos fueron concentrados en las ciudades. Según Roig de Leuchsenring, en su obra "Weyler en Cuba: un precursor de la barbarie fascista", cuando el alcaide de Güines fue a exponerle a Weyler la necesidad de un aumento de la cuota de alimentos para que no se siguieran muriendo de hambre los reconcentrados, éste le respondió: «¿Dice usted que los reconcentrados mueren de hambre?, pues precisamente para eso hice la reconcentración».

De la figura y personalidad de Valeriano Weyler, recogemos algunas de las impresiones del corresponsal norteamericano Appelyee: "(...)El general Weyler es de esos hombres que causan impresión en el espíritu de quienes lo ven de cerca por vez primera. Hiere de tal manera la imaginación al verle, que nunca se borra de la memoria el encuentro con ese personaje. Posee una personalidad subyugante, irresistible, no obstante ser repulsivo en su exterior (...)"

El año 96 concluyó con tres acontecimientos, dos favorables a la metrópolis y otro de malos presagios para el futuro del gobierno colonial. Se logró el empréstito nacional, basado en la suscripción popular para ayudar a los gastos de la guerra, y la muerte en combate del General Antonio Maceo, que constituyó un golpe terrible a la causa cubana. Por último, las declaraciones del presidente norteamericano Cleveland, reclamando a las autoridades españolas la necesidad de poner fin a la guerra o estar dispuestos a asumir consecuencias peligrosas.

¿Qué estaba pasando en Cuba?

A fines de octubre de 1895 se inició la Invasión del Ejército Libertador para llevar la revolución al occidente de la Isla.

Existe una fuente documental que nos refiere la situación caótica en la que se encontraba el campo cubano; se trata de una serie de cartas escritas y enviadas desde Cuba por el Conde Camilo Pecci, sobrino de S.S. León XIII, al Nuncio Apostólico en Madrid, Mons. Cretoni. El Sr. Pecci estaba casado con una miembro de la acaudalada familia Bueno, emparentada económicamente con el Marqués de Comillas, Don Claudio López Bru, dueño de la Compañía Transatlántica que, desde 1868, transportó tropas españolas a Cuba (en el 96 llegó a la cifra de 113 000 soldados). Según Pecci, en los primeros meses del 96, casi todas las plantaciones habían sido quemadas y los ingenios no molían por miedo a las represalias de los insurgentes. En mayo de 1896, Weyler prohibió toda la exportación de tabaco en hoja a los Estados Unidos para afectar así a los tabaqueros cubanos que tanto colaboraron económicamente a la organización de la Guerra. A todo esto se sumaban las epidemias de fiebre amarilla, tifus y viruela que tantos estragos causaran entre las tropas españolas y la población civil hacinada en las ciudades y poblados.

Valeriano Weyler

En otra de sus cartas al Nuncio se cuestiona sobre el futuro de la dominación española y de la situación económica en que quedaría la colonia: «...Yo no sé verdaderamente hasta qué punto España querrá que se destruya completamente un país, el cual ella ha demostrado y demuestra diariamente no querer y no saber gobernar, y tampoco sé cómo no se entienda

El crucero norteamericano* Maine*, ya en las costas cubanas.

que en este estado de cosas no se puede continuar, viendo destruirse los medios de la propia existencia, las fatigas de tantos años, el futuro de la propia familia; después que se han gastado sumas enormes en un gobierno al cual se deja completamente abandonado; y que permite mejor la destrucción completa de un país, que ceder a la evidencia de los hechos;... salvar al menos los últimos vestigios de tanta riqueza y salvar tantas y tantísimas vidas! Si yo pudiese, Monseñor, decirle a Vuestra Excelencia, vaya y diga que España no debe ganarse un mal nombre, que debe ser generosa, que debe defender intacto el nombre de grande, de generosa, de católica, que merecieron los antiguos dominadores del mundo. Vuestra Excelencia me perdonará si así le he escrito; pero es imposible permanecer indiferente ante tanta ruina.»

Por aquellos días fue ultimado, en un atentado en Madrid, el primer ministro Antonio Cánovas del Castillo y se hace cargo del gobierno el liberal Sagasta, cuya primera medida política fue la de relevar a Weyler en el mando supremo de Cuba. El sucesor de Weyler, general Blanco, publicó un Decreto en el cual se ensayaba un régimen autonómico en la Isla, con un supuesto Parlamento, Cámara de Representantes, Consejo de Administración, etc. El proyecto no dio resultado; ya había pasado el tiempo en el que muchos cubanos, e incluso españoles, lo habían solicitado a las Cortes, pero nunca fueron escuchados. Se había luchado y se seguía luchando mucho para renunciar al ideal independentista.

Entraba el año 98 y el Gobierno norteamericano se acercaba cada vez más al «problema» cubano. La situación dentro de la Isla se hace cada vez más tensa, aumenta la represión de las autoridades policiacas y militares contra la población y se mantiene la reconcentración. El tema de Cuba se maneja en el Congreso de Estados Unidos y en otros círculos políticos de Europa. La prensa norteamericana se hizo eco de la situación, creando así un estado de opinión contrario a la posición española y favorable a una necesaria «ayuda» a la población cubana.

El Rector del Seminario St. Mary de San Luis, Missouri, Padre G. H.Jaeuerin escribió al Papa León XIII y al Cardenal Rampolla sobre los abusos de los españoles y de las sangrientas represiones en Cuba. Más fuerte y conmovedora fue la carta dirigida al Papa por la Sra. Elena Mayolini de Valdés, carta que acompañó con varios recortes de periódicos que ilustraban la situación descrita en la misma y apelaba a la clemencia del Santo Padre para que influyera sobre el Gobierno español y se pusiera fin a tantos desmanes. Aunque no hubo respuesta directa de la Santa Sede, se le encargó al Nuncio en Madrid que hiciera las pesquisas correspondientes.

Ante toda esta situación de crisis, el recién elegido presidente de Estados Unidos, William McKinley, envió al puerto de La Habana al acorazado Maine en calidad de visita «amistosa», que entra en el puerto a las 11 de la mañana del 25 de enero de 1898.

El 9 de febrero se hacía pública una carta del Embajador español Dupuy de Lome a Canalejas con términos insultantes contra la administración de McKinley. El día 15 de dicho mes estalla el Maine, causando la muerte de 264 marineros y dos oficiales norteamericanos.

En los meses de marzo y abril, la Santa Sede hace esfuerzos diplomáticos para evitar la declaración de guerra entre Estados Unidos y España; el mismo León XIII hace pública su mediación.

El ambiente en España es más que tenso, la prensa exalta los valores patrios y se une al Ejército para defender la continuación de la guerra. Sin embargo, el gobierno de S.M. la Reina regente es

consciente de que todo está perdido y le envía instrucciones al General Blanco para que ofrezca una «suspención de hostilidades», pero ya no son los tiempos del General Martínez Campos ni había condiciones para una nueva Paz del Zanjón. El 10 de abril se emitía una orden para suspender el Bando de reconcentración. El penoso hecho de la voladura del Maine impulsó al Presidente McKinley a pedir al Congreso amplios poderes para tomar las medidas conducentes a la terminación de la guerra en Cuba. El 25 de abril la respuesta fue totalmente afirmativa, autorizándole a emplear todas las fuerzas de mar y tierra del país.

Entre los días 22 y 27 de mayo se inicia el bloqueo naval de Estados Unidos a las bahías de La Habana y Santiago de Cuba. El Ejército Libertador sigue combatiendo. Madrid ordena al Almirante Cervera que salga a pelear y, el 3 de julio, es hundida la escuadra española a la salida de Santiago de Cuba y las tropas navales quedan diezmadas entre el fuego norteamericano y el cubano.

El 1º de Julio, la Marina de Guerra de Estados Unidos reinicia el bombardeo a la ciudad de Santiago, hasta que el 17 se establecen los términos de la rendición española. Las tropas norteamericanas entran victoriosas en Santiago mientras se les prohibe a los mambises penetrar en la ciudad.

Papel de la Iglesia durante el periodo de la guerra y la intervención norteamericana.

Me limitaré a algunos ejemplos y a los finales de la contienda bélica, así como a la etapa de la intervención.

En el trabajo de Historia de la Evangelización en Cuba correspondiente a este periodo hablábamos de las actitudes de los dos prelados españoles con respecto a la guerra, a los insurrectos y a todos aquellos que de alguna forma le apoyaban y, aunque fueron pastores preocupados por su grey, se identificaron en demasía con la causa española, lo cual les hizo tomar posturas que empañarían la imagen de la Iglesia, afectando su labor en los años venideros al fin de sus gobiernos pastorales.

Pero esto no quiere decir que estos Obispos estuvieran ajenos al sufrimiento de la población, tanto española como cubana, y que su concepción política los llevara a apoyar los métodos empleados para sofocar la insurrección.

El obispo de La Habana escribió una carta al Cardenal Rampolla en ocasión de felicitar por Navidad a S.S. León XIII; en ella describe la situación de su Diócesis a causa de la guerra: "(...)La miseria y la mortandad en esta Diócesis llena de terror. El número de defunciones, oscila de ordinario de veintidós a veintitrés mil personas. Este año han muerto más de cien mil, sobre el número ordinario. Mucha gente muere de hambre. No basta nada para tantas calamidades. En algunas partes se han instalado Cocinas Económicas. En la Capital se han abierto tres dispensarios para niños y hay inscritos en ellos unos diez mil. Pido a S. Santidad y a Vuestra Eminencia Reverendísima que rueguen a Dios por nosotros(...)".

El obispo Santander creó, con sus fondos personales, un orfelinato para muchos niños que habían perdido a sus padres a causa de la reconcentración. Celoso de los derechos de la Iglesia, no tuvo temor de enfrentar a Weyler cuando éste pretendió inmiscuirse en los nombramientos de canongías, como fue el caso del Padre Cuervo, protegido del Gobernador y con una destacada participación en favor de los intereses de la Corona. Por otra parte, se ganó la crítica da toda la prensa española al prohibir los panegíricos en las honras fúnebres celebradas en La Habana con motivo de la muerte de Cánovas del Castillo.

La experiencia de Mons. Sáenz de Urturi, Arzobispo de Santiago de Cuba, se diferenció de la del Obispo de La Habana. La Guerra en el Departamento Oriental fue terriblemente más cruenta y destructiva. Sáenz había escrito que en su arquidiócesis no se podía dar un paso fuera de las ciudades y en Santiago reinaba la miseria y el hambre. El 2 de agosto de 1897, escribió una carta Pastoral expresando su dolor porque sus feligreses no se «convertían» a pesar de la enorme mortandad que causaba la guerra.
Si algo quedaba de esperanza en el ánimo del Arzobispo cuando celebraba la llegada de la flota española a la bahía santiaguera, se esfumó con la rápida derrota de las fuerzas españolas ante la superioridad militar norteamericana.

Santander se restablecía del golpe y preparaba su nueva Pastoral con la ilusión de seguir dirigiendo la Sede habanera, mientras que Sáenz de Urturi invadido por el desaliento, los temores y una salud herida por tantas tensiones proporcionadas por la guerra, miraba su partida como una verdadera liberación personal.

La Santa Sede nombró Delegado Apostólico de Cuba y Puerto Rico al Arzobispo de Nueva Orleans, Mons. Placide Chapelle. El Delegado Apostólico tuvo que enfrentarse a dos situaciones bien distintas. En Santiago, tenía que mantener el orden en una iglesia desmantelada, con un Arzobispo derrumbado moralmente y un buen número de clero y religiosas que retornaban a España. En La Habana, el Obispo echaba leña al fuego oponiéndose a las innovaciones programadas por las fuerzas interventoras y pretendiendo ganarse un apoyo cubano que, hacía mucho tiempo, tenia más que perdido.

El 16 de junio de 1899, Sáenz renuncia oficialmente a la sede santiaguera y se le nombra Arzobispo titular de Bostra, retirándose a un convento. Chapelle ordenó Arzobispo de Santiago de Cuba al cubano Francisco de Paula Barnada, que entra triunfalmente en la Ciudad el 24 de julio; entre los que le reciben está el Padre Desiderio Mesnier, que alcanzó el grado de Coronel del Ejército Libertador como correo del General Calixto García.

Muy a pesar suyo y envuelto en una atmósfera de resentimientos y desconfianzas hacia su persona, Mons. Santander y Frutos, último Obispo de La Habana nombrado por el Patronato Regio, renunciaba a la sede. Era la primera quincena de septiembre de 1899. Aceptada la renuncia, la Santa Sede nombraba a Mons. Donato Sbarretti como Obispo de La Habana.

Concluía una etapa difícil en la historia de la Iglesia en Cuba. Se iniciaba una nueva etapa para Cuba y para la Iglesia. Quedaba atrás una larga estela de luces y sombras que, indiscutiblemente, afectarían el futuro de nuestro país. ❑

BREVE HISTORIA DE LA TEOLOGÍA CRISTIANA

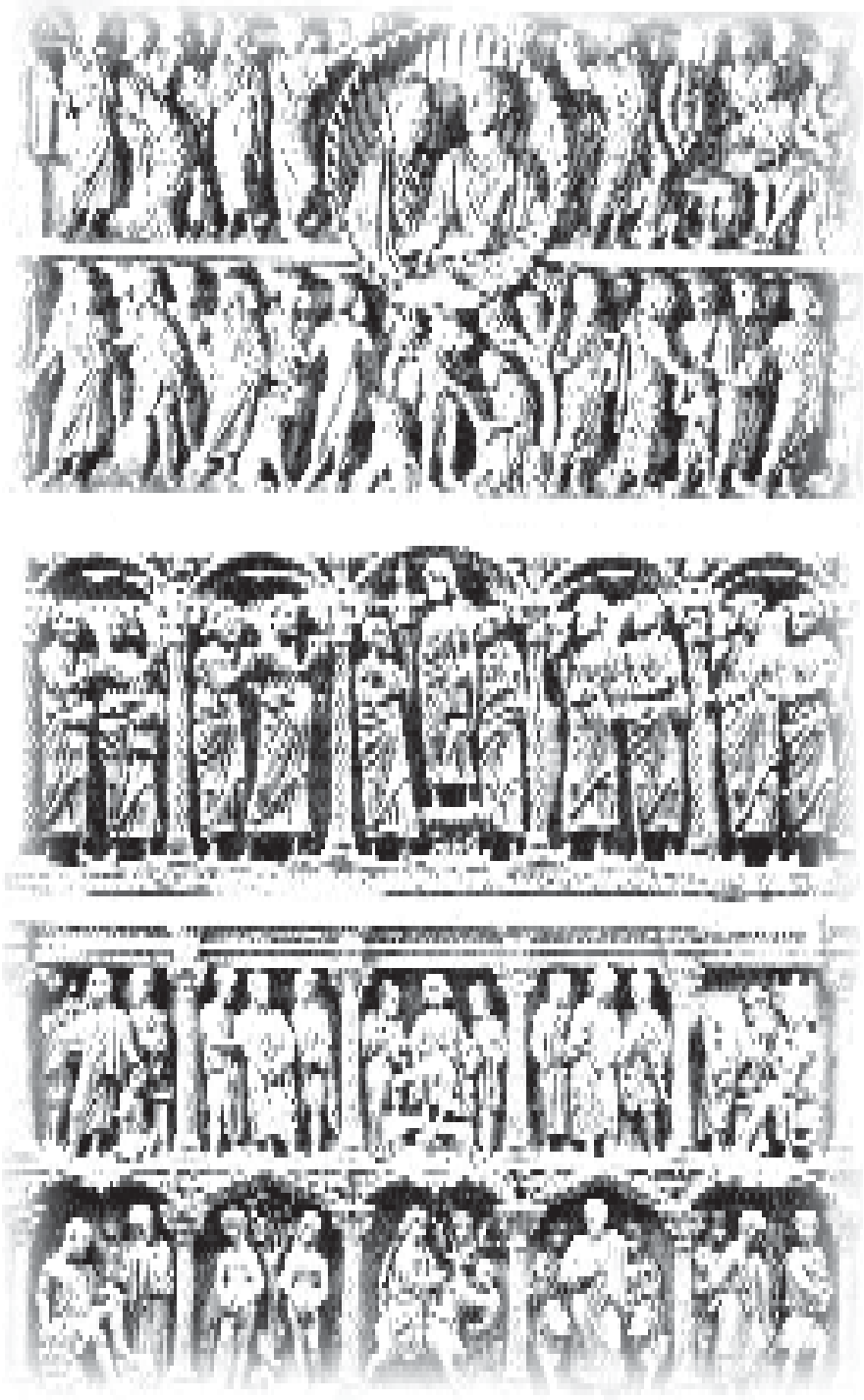
POR ORLANDO FERNÁNDEZ GUERRA

(La Edad Antigua)

La teología cristiana tiene su génesis en el encuentro cultural que supuso la llegada del cristianismo al mundo heleno. El mandato misionero del Señor, "vayan por todo el mundo …", había obligado a los primeros cristianos a salir del contexto socio-cultural judío, desplazándose hacia el mundo grecorromano para llevar las primicias del evangelio. De este modo, el cristianismo entró en contacto con un mundo en el que se hallaba muy difundida y era muy apreciada una cultura profana literaria y filosófica. El cliama general del helenismo (1) era propicio a no considerar los principios trascendentes más que en el marco de una explicación racional. Era pues, imprescindible, traducir el Evangelio al mundo conceptual y a la forma conceptual de los oyentes helenísticos.

Los Santos Padres tuvieron la misión de servir de puente entre la predicación apostólica, fijada en el Nuevo Testamento, de carácter fundamentalmente agrario, y el desarrollo teológico posterior de una Iglesia que se hacía urbana. La teología desarrollada a partir del siglo II, por los Padres de la Iglesia y los concilios, enfrenta este problema. La invitación de Jesús a anunciar el Evangelio a toda criatura (Mc 16,15), les había obligado a buscar una plataforma común de entendimiento: *la Filosofía Griega.* Fueron los primeros siglos del cristianismo un período de intenso apostolado para aquellos hombres que llevaron sobre sí el peso de ser los garantes de la ortodoxia de la doctrina evangélica. Su antigüedad los constituye en testigos e intérpretes cualificados de la tradición cristiana.

Haciendo un rápido paseo por estos siglos, no puede dejar de nombrarse a



los Padres apostólicos, escritores conocidos o desconocidos de los primeros siglos, que estuvieron en relaciones reales o presuntas con los apóstoles mismos, entre ellos Clemente de Roma, San Ignacio de Antioquía, Policarpo, entre otros. Los padres apologistas, llamados así por su labor de defensa y justificación de la fe ante las autoridades y la opinión pública, dando la posibilidad de un testimonio válido sin llegar al martirio; destacan por su notoriedad Justino, Apolinar de Hierápolis, Melitón de Sardes, Teófilo de Antioquía…Entre los siglos II y III tenemos a pensadores del calibre de Tertuliano, Clemente de Alejandría, san Ireneo de Lyon, Hipólito, Orígenes y otros; todos considerados formadores de la teología sistemática y su lenguaje.

Más tarde, entre los siglos III y IV, tuvo lugar el nacimiento de dos de los centros culturales y filosóficos más célebres de la antigüedad cristiana: las escuelas de Alejandría y Antioquía de Siria. Fue en Alejandría donde crecieron las concepciones teológicas que habrían de constituir el principal sustrato de las grandes controversias de los siglos posteriores. Se cultiva preferentemente el platonismo (2) en sus distintas versiones, el pensamiento especulativo y espiritualista, y se ponía énfasis en la divinidad de Jesús; representantes cualificados de esta escuela lo eran san Atanasio y Cirilo de Alejandría. En cuanto a la escuela de Antioquía, más que una institución organizada, fue una corriente de pensamiento, fuertemente influida por el realismo aristotélico (3); se cultivaba allí una teología positivista y empírica, practicando una exégesis (4) histórico crítica de las Escrituras. Se ponía énfasis en la humanidad de Jesús. Representantes de esta escuela fueron Teodoro de Mopsuestia, Cirilo de Jerusalén y san Juan Crisóstomo.

Este es también el período de formación de la mística cristiana que tuvo sus representantes en los padres capodocios: san Basilio, san Gregorio de Nacianzo, san Gregorio de Nisa. Finalmente entre los siglos IV y V, llamados en la teología "la edad de oro de la patrística", tenemos a san Agustín de Hipona –considerado el padre de la meditación teológica de occidente-, san Jerónimo –quien tuvo el mérito de ser el primero en traducir las Sagradas Escrituras a la lengua latina-, san León Magno, san Ambrosio y otros, quienes tuvieron a su cargo la elaboración de los dogmas trinitarios y cristológicos en Oriente contra las herejías (5).

Los dos grandes extremos heréticos de entonces eran: el Subordinamiento –que negaban la divinidad del hijo y el Espíritu Santo por considerarles en cierta manera inferiores o subordinados al Padre en el orden del ser- y el Monarquismo –que se negaban a distinguir en Dios al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Ambas corrientes se expresaban en todo un amplio abanico de sectas y corrientes filosóficas, entre las que podemos distinguir, como las más importantes: los ebionitas, los arrianos, apolinaristas, docetas, nestorianos, donatistas, pelagianos, montanistas, patripasianos, monoteletas, milenaristas, dualistas gnósticos, y otros más. Desbordaría el marco de este trabajo describir cuanto las diferenciaban entre sí, pero hay algo que pudiera ser dicho sobre aquello que las unía, y era la enorme fascinación que había ejercido sobre ellas la figura de Cristo, la cual trataban de acomodar doctrinalmente a sus esquemas de pensamiento.

Durante todo este período histórico-patrístico se celebraron los Concilios ecuménicos de Nicea (325), que definió la igualdad esencial entre el Padre y el Hijo; de Constantinopla (381), donde se definió la divinidad del Espíritu Santo; de Efeso (431) donde se pronunció la maternidad divina de María; y el de Calcedonia (451), donde se definió la doble naturaleza del Hijo -humana y divina- en la única persona del Cristo. Estos grandes temas cristológicos, que hoy profesan la inmensa mayoría de las Iglesias cristianas, son fruto de la actividad de estos concilios ecuménicos.

Toda esta ingente actividad de pensamiento en los padres, forjadora de la actual teología, no se puede separar ni de su vida concreta, ni de las necesidades pastorales de sus comunidades. Ellos pensaron y escribieron, en gran medida, para dar respuestas a las corrientes heréticas de su tiempo y su obra transpira preocupación catequética.

La actualidad teológica de estos autores cristianos, llamados por nosotros Padres de la Iglesia por ser ellos *padres* en la fe y en la vida cristiana, les viene -más de que de la calidad literaria o teológica de sus escritos- de ser testigos privilegiados de la Tradición, de haber gozado de una situación única, cronológica y sucesivamente, con respecto a Jesús y sus primeros discípulos. Ellos son los más cercanos a la fuente donde comenzó la tradición cristiana. Por eso, para la Iglesia a través del tiempo, sus experiencias y sus doctrinas son más vinculantes que las de cualquier otro autor cristiano. De ahí que la Iglesia del Concilio Vaticano II, en su empeño de volver a las raíces de la actividad cristiana, recomiende vivamente el estudio fructuoso de las Sagradas Escrituras y de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, a los que llama "…monumentos de la Tradición" (PO. 19) (6).

Los siglos V y VI son, sobre todo para el occidente cristiano, la época de las invasiones bárbaras. En ella, un mundo nuevo sucede al mundo antiguo, abriendo las puertas a lo que más tarde sería conocido como la Edad Media. ❑

Notas:

1- Civilización griega. Período que se extiende desde Alejandro hasta la conquista romana.

2- Sistema filosófico de Platón o que se remite a él, utilizado por los Padres de la Iglesia por sus puntos de contacto con el cristianismo.

3- Sistema doctrinal procedente de Aristóteles, filósofo griego.

4- Comentario científico de la Biblia que utiliza todas las disciplinas capaces de ilustrar el texto.

5- En sentido propio, negación o repudio voluntario de una o varias afirmaciones de la fe.

6- Presbiterorum Ordinis. Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros.

TRES CLAVES
para una Metáfora Histórica

Por Julio Ramón Pita

GÉNERO: ARTÍCULO

Tenía que ser epílogo de milenio -y por añadidura fin del siglo más paradigmático de la Historia-, para que a los cubanos nos llegara con aspecto de ancianidad lúcida el espíritu de tolerancia, de conciliación, de introspección y de rescate de valores, y de amor genuino a una condición humana que NO puede clasificarse y mucho menos amarse de veras a partir de un lenguaje de confrontación. Tenía que ser Cuba una isla mágica por la desproporción entre su tamaño y la enorme gravedad humanística que ejerce en el mundo, -y tenía El que ser nada menos que Juan Pablo Segundo, el vicario de Cristo nacido en tierras lejanas, para que ambos salieran en busca de una cita inevitable, como obedeciendo a un plan de la Post-Modernidad. ¿Tropo de lo trascendental? ¿Acaso una metáfora poética forjada por la Historia? Sin dudas, y más aún: toda una fábula de la contemporaneidad política si atendemos a lo extraordinario en sí del acontecimiento, es decir, al hecho de que el Predicador se presentó en el nombre de Cristo ante un pueblo que estuvo sujeto a las normas de un Estado Ateo por algo más de tres décadas, para ganar inobjetablemente su afecto en apenas ciento veinte horas.

Más, la metáfora escrita en Cuba no nos concederá enteramente su sentido, si la osadía no alcanza para pretender entenderla en serio; porque ella misma ha nacido del riesgo y exige por tanto el riesgo de preguntarse si hay un Antes y un Después a su aparición, y demanda además -tal vez como impuesto de relevancia-, que el pensamiento corra la aventura de la recapitulación honesta en la búsqueda de claves clarificadoras.

Repárese entonces, para comenzar, en la penosa existencia de una palabreja nombrada «Embargo», útil para decir «Te morirás", diplomáticamente; útil para hacer de la riqueza un garrote vil; útil para compulsar a los que no tienen opciones y útil, sobre todo esto, para elaborar la retórica justificativa de un expediente incivilizado. Pero, ¿podría llegar a ser legítimo, por obra y gracia del monopolio de la comunicación, aquello que es «injusto y éticamente inaceptable"? NO, definitivamente no. Y es «NO» hasta el cosmos, porque el hombre de nuestra metáfora hoy no tiene igual como autoridad religiosa y moral y él quiso estar en Cuba bloqueada, y porque se propuso dictar aquí, en la trascendencia del momento, la sentencia final de ilegitimidad para los cercos echados sobre el cálculo del hambre y la peste. Clave número uno.

Juan Pablo trae paz, Juan Pablo trae amor, trae lo diferente anhelado, decía la gente antes del veintiuno de enero, la gente tan proféticamente cómplice, en el conocimiento de que con su sóla presencia él propiciaría un principio de tolerancia religiosa y política, porque, en virtud de la grandeza peregrina, nos llegaría la hora de escuchar palabras disonantes al pensamiento autorizado, dichas en las mayores plazas públicas del país, sin que afortunadamente el palo y la cabilla fueran la receta obligada de contestación. Literalmente hablando, con él aprendimos a oír de acuerdo con el más absoluto respeto cívico por lo distinto y aún lo contrario, y lo que es más importante: entre todos logramos interrumpir la mentalidad sistemática y semiaceptada de apaleamiento a la manifestación NO coincidente, que tanto ha empobrecido el espíritu nacional. ¿Representa él, entonces, un punto de inflexión para la mentalidad política interna? Puede que sí y puede que no. Pero sería sumamente interesante apostar por ello, considerando cuán sorprendente suele resultar la importancia histórica asignada a «una primera ocasión». Hágase espacio, pues, a la clave número dos.

Ahora, sea una vez más, por consabida, la dichosa regla de que los hechos

históricos constructivos requieren de cierto distanciamiento temporal, para que podamos empezar a evaluar sus consecuencias trascendentales. Y, sin embargo, aún con tan poco almanaque, ya hoy es perfectamente apreciable el alud de provecho debido a la visita del Santo Padre.

«Que Cuba se abra al Mundo y el Mundo se abra a Cuba», sentenció él, y, en el breve lapso de los diez días posteriores a su partida, nuestra situación respecto al exterior sufrió modificaciones estratégicas. De repente, ya teníamos la decisión guatemalteca de restablecer las relaciones diplomáticas con Cuba, a ello sucedió la importante visita del canciller ecuatoriano José Ayala Lasso al frente de una delegación de hombres de negocios de su nación, y, por último, el gobierno dominicano anunciaba la apertura de una oficina consular en La Habana. Más recientemente nos tocó conocer del generoso indulto penal concedido en el país, del anuncio estadounidense sobre el levantamiento de algunas de las medidas instrumentadas contra nuestra isla, y hasta de la solución del prolongado diferendo diplomático que sostenían Cuba y España. Es sencillamente como si la Historia que nos concierne, una vez tocada por Juan Pablo, estuviera empeñada en cumplir las expectativas del hombre extraordinario que ora y obra en favor de Liborio. Tercera clave, sin lugar a dudas, aún cuando algún que otro necio irreparable nos diga: «mera casualidad», en su naufragio por el mundo que desentiende.

De vuelta a la alegoría inicial, podría antojársenos el desprendimiento de afecto hacia Juan Pablo Segundo como un curioso testimonio de infalibilidad de la intuición nacional, pues, para nuestro mérito, supimos distinguir la condición del peregrino verdadero... porque desciframos el apotegma de «Conciencia y Paciencia» inscrito en la cirílica entonación de su voz, y porque, desde el primer instante, reconocimos al hombre llamado a modificar rutas históricas sobre la base del respeto y el diálogo. ❑

Premios

DIEZ AÑOS DESPUES O CRONICA DE UN REENCUENTRO

Por los que vamos en pos
de ideales bendecidos,
por los que estamos unidos
por la voluntad de Dios.

Rubén Darío

POR FRANCISCO ALMAGRO DOMÍNGUEZ

GÉNERO: CRÓNICA

A veces, en mis necesarios ratos conmigo mismo, llego a creer en la temporalidad de las razones. Han pasado casi diez años de mi regreso a Cuba desde Nicaragua, bello país del Poeta, en donde cumplí misión internacionalista. La palabra misión o misionero sólo puede peranza. Y así, un día, quedó en Cuba mi hijo de días de nacido, que sólo volví a ver al cumplir el año; una esposa joven que se deterioró irremediablemente; una familia orgullosa y a la vez tiritante, que dejaba ir, sin alas propias, a uno de sus vástagos primigenios.

Fue la gesta de cientos, miles de cubanos. Médicos, ingenieros, constructores, maestros, gente sencilla, algunos ya imposibilitados de contar su historia y otros, quizás en otras tierras, atrapados en un misterioso peregrinar al redescubrimiento, de otra misión, de otra humanidad perdida. Nosotros éramos esa Fe que se decantó paralela a la Revolución. Junto a los estetoscopios, las cuartillas, las plomadas y hasta el fusil, iban el ateísmo temerario, la autoestima huracanada, una suerte de valores cimentados desde los jardines de la infancia y esas escuelas donde perdimos todas las inocencias.

También iba con nosotros como pesado fardo aquel bautizo a escondidas, hecho por unos en contraposición, y es puro eufemismo, a otros familiares al principio de la Revolución. No hacían falta otros evangelios, ni agua más pura y santa que la de la despedida, ni otra misión que empañara la Razón. Nuestra Razón.

II

1988. Nicaragua. El país de los poetas, los lagos y los volcanes, se desangra por sus mejores hijos. La guerra entre hermanos deja una estela de huérfanos, viudas, mutilados, tierras inservibles, odios. Y en medio de tanta destrucción una luz: Semana Santa. El misionero que soy yo no comprende semejante tregua. Aquella procesión donde la madre del sandinista y la madre del contra caminan juntas hacia la misma iglesia. El soldado herido que pide la visita del sacerdote. Las estampillas, los rosarios, Cristo sobre las cabeceras de las camas. Fin de Año: Arbol de Navidad en el Palacio de Gobierno. El Cardenal intermedia en el conflicto. Una señora recién operada, adolorida y desde su cama me bendice y da gracias a Dios porque le he salvado la vida. Y yo contesto, casi seguro, de que las gracias se las debe dar a la Revolución por llevarme allí. Y ella replica, condescendiente, muy segura, que gracias a Dios esa Revolución existe. Se me nubla la razón. La del misionero que soy yo. Voy a la Catedral del Pueblo y a mi regreso el jefe de la brigada médica me regaña. Hay que pedir permiso. Me duele el corazón y siento pena. Mucha pena. Y en mis primeras vacaciones en Cuba le he traído a la abuela un Cristo de yeso precioso. Nunca entendí por qué se arrodillaba antes de dormir y rezaba a una imagen de yeso. Pero es abuela. Abuela del misionero que soy yo. Yo no sé todavía que es la última vez que la veré. Alguien me critica semejante osadía, o mejor, estupidez. Y yo regreso a Nicaragua con un extraño sentimiento de que algo mío también quedó allá. Inconcluso. Pospuesto. La paz y la reconciliación de ellos. La mía.

III

1998. La Habana. En la Plaza de la Revolución el Papa Juan Pablo II oficia una Misa pública y en la Biblioteca Nacional hay una enorme pintura de Jesús. A mi lado una pareja se abraza, más allá aquellos niños, tal vez como el niño o el misionero que fui yo, se alzan sobre la multitud en su primer asomo. La madre de un amigo quiere ir más cerca del entramado. Unos latinoamericanos se confunden con nosotros, nos besamos, nos damos las manos.

Entonces he recordado a la enfermera nicaragüense, María del Jesús. Tenía ella una Biblia verde deteriorada por tanto uso. La acompañaba siempre en sus visitas pastorales a la montaña. A los mismos lugares donde su gente derramaba la sangre que ella y yo tratábamos de restablecer en el quirófano. Se la pedí para traerla a Cuba conmigo y ella puso cientos de objeciones. La única válida era mi ateísmo militante, dijo con los ojos. No hubo más palabras. Unas horas antes de regresar, María del Jesús me entregó su Biblia. Hace casi diez años de aquello. Yo regresé a Cuba. La Biblia verde, marcada por el uso, reposa siempre en mi mesa de noche, allí mismo donde la ciencia y el arte tienen también su espacio.

Al terminar el día, ya de regreso, a mis espaldas trepida el Aleluya de Haendel. Lo he oído muchas veces pero me suena distinto: no me despide, me acerca.

IV

A veces, en mis necesarios ratos conmigo, Nicaragua me parece algo más que un sueño. La Razón y la elocuencia tocadas por un Misterio. En el desintegrado y arbitrario caleidoscopio todo ahora tiene fin y continuidad. Surgió hace diez años Amor entre tanto púrpura derramado. Y es un amor distinto a otros, de muy difícil didactismo. No lo puedo explicar, como mismo no me es posible leer a Kafka si no creo en el escarabajo, ni sentir a Martí sin verlo, sencillamente, apóstol, espíritu, Nación.

En ese misionero que yo fui, como tantos otros, hay algo más desde entonces. Por ahora sólo se me ocurre darle infinitas gracias a Dios por ese reencuentro con la persona que yo soy. Por ese Aleluya que suena distinto. Por esa Biblia que duerme a mi lado. En fin, por vivir y ser persona.

Premios

❑

Palabra Nueva

entrega los premios de su

2do. Concurso de Periodismo

Nuestra revista celebró el arribo a su séptimo año de vida el jueves 25 de junio, a la 1:00 p.m., en un sencillo acto realizado en el Arzobispado de La Habana, donde se entregaron los premios del **2do. Concurso de Periodismo Aniversario de Palabra Nueva**.

Los premios, consistentes en 500.00 pesos y diploma, fueron ubicados en los géneros artículo, crónica y reportaje, y recayeron en **Julio Ramón Pita, Fernando Almagro Domínguez y María del Carmen Muzio** por los trabajos *Tres claves para una metáfora histórica, Diez años después o Crónica de un reencuentro y Pasión y muerte en el Castillo del Morro*, respectivamente. Los autores recibieron los premios de manos de Monseñor Carlos Manuel de Céspedes García-Menocal y el Padre Ramón Suárez Polcari. El jurado acordó dejar desierto los premios en los géneros entrevista, fotografía y caricatura. Las breves palabras centrales estuvieron a cargo del señor Orlando Márquez, director de **Palabra Nueva**.

PASIÓN Y MUERTE EN EL CASTILLO DEL MORRO

POR MARÍA DEL CARMEN MUZIO ZARRANZ

GÉNERO: REPORTAJE

De tan conocido y visto, en ocasiones a los habaneros les pasa inadvertido la belleza y majestuosidad del Castillo de los Tres Reyes del Morro. Emblema de postales turísticas, devenido símbolo de nuestra identidad, el Morro es para esta Capital lo que la Torre Eiffel para París. Su construcción comenzó en 1589 bajo el gobierno de Don Juan de Texeda. Los ataques de corsarios y piratas constituían una amenaza constante para el puerto donde carenaban las embarcaciones cargadas del oro del Nuevo Mundo. Ya los españoles se habían percatado de la inutilidad del Castillo de la Real Fuerza (cuya arquitectura fue traída e implantada de la Metrópoli) por el fácil acceso de los piratas a La Habana.

Felipe II comisiona al ingeniero italiano Juan Bautista Antonelli para que trabaje en la fortificación de la ciudad. Poco se sabe de este hombre que tuvo el mérito de aprovechar la propia topografía del terreno para construir la fortaleza, y al que se le atribuye la legendaria frase, después de concluido en 1630, de que el que se adueñara de los cerros de La Cabaña, lo hacía también de La Habana. Su vaticinio quedó demostrado en 1762 con la llegada de los ingleses.

Pero Antonelli no queda sólo en nuestra historia por la construcción del Morro ni el de Santiago de Cuba, después que otras similares llevan la impronta del inquieto italiano. En 1839, un escritor cubano de los más olvidados –aunque esto ya no es raro en nuestra literatura- José Antonio Echeverría (el mártir del asalto al Palacio Presidencial el 13 de marzo de 1957 se nombra igual) publicó la noveleta histórica **Antonelli**.

La literatura cubana está en deuda con José Antonio Echeverría. El fue quien salvó **Espejo de Paciencia**, ese poemita épico que inaugura nuestras letras, al copiar la **Historia de la Isla y la Catedral de Cuba**, del Obispo Morell de Santa Cruz, ya que con posterioridad los manuscritos del prelado se extraviaron. Este hecho ha dado lugar a conjeturas y especulaciones improbables.

Lo cierto es que la novela **Antonelli**, de este cubano abolicionista, independentista e integrante del círculo delmontino, amerita de un mayor estudio y difusión.

Como bien trasluce su título, la trama está centrada en la compleja personalidad del constructor del Morro, *"taciturno y contemplativo"* durante la fabricación de éste. El ingeniero se enamora apasionadamente del Casilda, bella criolla, quien a su vez está comprometida con el capitán Lupercio, sobrino del Gobernador.

La joven rechaza el ingeniero y se mantiene fiel a su amado, y a pesar de los consejos que le da el propio padre de Casilda: *"(...) ¿cómo os contentaríais con una mujer que ama a otro y no se os entrega de buen grado?"*. Antonelli, en su desesperación, no vacila en recurrir al mal, simbolizado por un habitante del barrio de Campeche que odiaba al capitán por una rencilla anterior. El italiano exacerba sus ánimos y le ofrece una fuerte suma de dinero.

La acción se prepara para el **sarao** con que se celebra la inauguración del Castillo. El campechano va preparado a cumplir su misión fatídica, pero Antonelli, después de una gran lucha interior, ha dejado que prevalezcan en él los mejores sentimientos, intención moral del autor que expresa el triunfo del bien.

El arrepentido Antonelli no logra detener al campechano que golpea al capitán y le hace perder el equilibrio desde uno de los farallones, en su desesperación, se agarra del faldellín de Casilda. Antonelli, desesperado, se esfuerza por salvar a los dos y sólo encuentra cerca, para pedir ayuda, al indio que le responde vengativo: *"(...)No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague"*. Impotente, desesperado, contempla a los amantes que se unen en las profundidades del mar.

El Castillo, engalanado y luminoso, con lo mejor de la sociedad habanera de su época danzando en sus salones resultó el trágico escenario final del triángulo amoroso.

El arrepentimiento llegó tarde para el apasionado italiano, intención moral que nos subraya el autor en su desenlace. El novelista, autotitulado cronista con el fin de hacernos real la historia, cuenta desconocer el futuro posterior de Antonelli y sobre el padre de la bella criolla Casilda nos dice que se dedicó a erigir un Convento *"por haber muchas niñas en los peligros del mundo"*.

Cuando contemplemos la solemnidad del Morro presidiendo la entrada de nuestra bahía, no sólo admirémoslo como el magnífico elemento arquitectónico y geográfico que es, sino también como la muestra de la hermosa leyenda que supo tejer sobre él para enriquecer nuestra literatura uno de los grandes preteridos del decimonónico cubano. ❑

Y cambiar ¿es posible?

POR EDUARDO MESA

El cristianismo se resiste a cualquier condicionamiento de absoluto de la libertad humana. Ningún "ismo" biológico, psicológico, político, social o económico trasciende el libre albedrío del hombre y la mujer. Es posible cambiar y modificar actitudes en todos los ámbitos de la vida, la esclavitud primera está en el hombre mismo cuando asiste pasivo, por retraimiento o miedo, al ocaso de su libertad.

Uno de los pretextos para no cambiar lo constituyen las razones históricas. Determinismos como *"yo soy así y lo lamento"* o *"siempre seré así; cambiaré algunas cosas pero pertenezco a una generación marcada"* van calando en la conciencia individual y colectiva, convirtiéndose en obstáculos para el cambio.

Las personas son herederas de su historia que no es un peso muerto en la mochila del alpinista, sino roca muy dura, asidero para alcanzar la altura más cercana. La historia, cuando no se falsea sistemáticamente contribuye al engrandecimiento de la nación. Si un hombre asume críticamente su historia, que es de algún modo la de su pueblo, comienza a conocerse y es ese un paso importante para el cambio.

Conocer, conocerse, conocernos, es una conjugación necesaria. Mi identidad de joven ciudadano cubano, católico, debe ser conocida por las personas que establecen conmigo algún tipo de comunicación. Donde quiera que esté afirmo mi ciudadanía cubana con todos los derechos que de esta condición emanan. También afirmo mi credo católico y asumo la historia de mi Iglesia con profunda veneración.

Mis convicciones y deseos de existir pasean juntas, por eso, a cualquier ciudadano en la vía pública le expreso que creo en la democracia como la mejor forma que conozco para el ordenamiento de la sociedad, que reconozco en pluripartidismo un modo justo de competir por lograr un mejor proyecto social para la Nación, que de ningún modo la economía debe estar centralizada, ni la participación en la gestión económica condicionada por la filiación política o consideraciones ideológicas. Puedo decir que creo en el bien que hace Dios al alma de los pueblos y en la ética y en decir siempre la verdad y hacer siempre el bien. No me asusta compartir estas ideas con otras personas.

Me hace feliz dialogar con el funcionario, con el policía, con el cuadro profesional de la juventud comunista, con el yoruba y el masón, siempre que me permitan expresarme y me escuchen. Disfruto a su vez escuchar lo que piensan otros, a menudo es posible la síntesis, la adopción de las ideas del otro en el propio proyecto. No tnego miedo a lo distinto y me alegra el cambio que va experimentando mi vida.

Si me ve por la calle, maestro, oficial del MININT, licenciado, obrero, hombre y mujer cubanos, no se retraiga de comentar conmigo lo que piensa. Yo no me prevengo de expresar mis ideas ante quien no conozco. Después que le conozca y conversemos quizás ni usted ni yo modifiquemos nuestras convicciones pero ni usted ni yo tendremos un motivo de peso para no conversar en otra ocasión.

Cambiar es absolutamente posible, pero sólo se logra si lo intentas. ❑

Figuras relevantes de nuestra nacionalidad

¿QUIÉN FUE ANTONIO BACHILLER Y MORALES?

POR PERLA CARTAYA COTTA

Un joven zapatero –Alberto es su nombre- me hizo esta pregunta hace varios domingos en la Iglesia de San Francisco. Y como el inicio de la Santa Misa hizo sellar mis labios, aquí va la respuesta prometida.

Don Antonio Bachiller y Morales expresó en una memorable ocasión que su única ambición era ser útil a la tierra en que nació. Creo que fue consecuente con ese propósito.

Nació cuando la tierra americana, harta de pena –con palabras de José Martí- echaba a los que se habían puesto a sus ubres como cómitres hambrientos; cuando Hidalgo, de un vuelo de la sotana, y Bolívar, de un rayo de los ojos, y San Martín, de un puñetazo en los Andes, sacudían el Continente que despertó llamando a guerra con el terremoto, y cuajó el aire en lanzas, y a los potros de las llanuras les puso alas en los ijares. Nació cuando, al reclamo de la libertad que les es natural, los americanos saludaron la redención de España, la luz del año doce, con acentos que parecían dignos de los hombres más instruidos y elocuentes de Europa.

La Habana escuchó su primer llanto el 7 de Junio de 1812. Llanto que alegra el dolor de Antonia Morales del Castillo y hace sonreír agradecido a Antonio Bachiller y Mena...Es como si aquel niño, hijo de padre marcial y madre devota, quisiera demostrar a todos, con el tiempo –por las discusiones en latín y los premios que recibe- que Humbldt tenía razón al referirse a la precocidad y rara ilustración de la gente de la Habana, superior, a su juicio, a la de toda la América.

Estudió en el Colegio de San Carlos, no cuando aún daba con la puerta en la frente a los que venían de cristianos viejos 'limpios de toda mala raza', o trajeran sangre de negro, aunque muy escondida, o fuesen hijos de penitenciado de la inquisición, un hombre de empleo vil, hereje converso o artesano; sino cuando el sublime Caballero, padre de los pobres y de nuestra filosofía, había declarado, más por el consejo de su mente que por ejemplo de los enciclopedistas, campo propio y cimiento de la ciencia del mundo el estudio de las leyes naturales, cuando salidos de sus manos, fuertes para fundar, descubría a Varela, tundía a Saco, y La Luz arrebataba..." (1) ...Será excelente alumno de filosofía en el aula de don Francisco Javier de la Cruz, hombre erudito, de notoria sencillez y modestia. Era aquella la época en que los discípulos del alavés Justo Vélez andaban por plazas y tertulias orgullosos del maestro que en español y no en latín enseñaba a los españoles su derecho. Era la época del vizcaíno inolvidable, el Obispo Espada, y de tantos otros españoles buenos y cubanos ardientes. De todos ellos aprendió Bachiller las leyes y los cánones y, sobre todo, el afán de emplear lo que sabía en servicio de la Patria, y comunicarlo desinteresadamente, sin soñar en pompas ni oropeles. Apagado a los goces mundanos, enamorado de la calma celeste de la sabiduría. Sereno y lúcido en los momentos de desdicha. Estoico ante la muerte de sus hijos. El inmenso dolor no logra alterar la paz de su expresión. Supo enseñar a

los cobardes –con su labor en toda la existencia- que para ser cauto, y hombre de casa y felicidad, no era necesario dejar de ser honrado.

Firmará "Tirso" o "Saeta" su prosa del *Diario de La Habana*, y como "Alcino Barthelio" los versos que muchos hombres escriben en ciertos años de la vida. Redacta dramas y traduce comedias. Su interés en propagar *lo cubano* se manifiesta desde *El Faro Industrial,* al divulgar las primeras poesías de Rafael María de Mendive que dijo, más adelante, que debía a Bachiller el haber perseverado en el género poético. Sigo pensando que su dedicación al estudio y al trabajo es un ejemplo fortificante para la juventud de nuestro tiempo: cursa Derecho en la Universidad habanera; obtiene los grados de Bachiller en Leyes y en Cánones. Y en la Audiencia, que entonces radicaba en Puerto Príncipe, recibe en 1838 el título de abogado. Es, desde dos años antes, profesor sustituto en la Cátedra de Cánones y, hacia el año 1840, explica Economía Política en el Seminario San Carlos con notable éxito dada la modernidad de las doctrinas que expone. Los alumnos de la Universidad y del Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana admirarán su labor como maestro y director...No quiero agobiar a Alberto con información prolija, pero debe saber que, desde muy joven, estudía pictografía, busca por El Príncipe lo que pudiera quedar de los pobres taínos. Su pluma disputa a otras más expertas el premio de la Sociedad Económica de Amigos del País (SEAP), con su "Memorias acerca de las ventajas de la libre exportación del tabaco en rama", por el cual le confieren, en 1835, el ingreso en la SEAP con el título de Socio de Mérito. Y llegará a ser el alma de la benemérita Institución, presente en todo cuanto hace para abolir el comercio de africanos en Cuba.

Preside indistintamente las secciones de Educación y Agricultura; impulsa la enseñanza pública; desempeña los cargos de Vicecensor, Censor, Secretario de José de la Luz y Caballero cuando éste fue el Director. En 1856, presidirá él mismo la Institución. Su "Memoria sobre pozos artesianos en Cuba" le otorga, otra vez, el título de Socio de Mérito. Será en 1885 Socio de Honor vitalicio. La seriedad de su obra le confiere otras distinciones que no deben ignorarse: Socio de Mérito de la Academia de Anticuarios del Norte de Europa; Miembro de la Sociedad Arqueológica de Madrid y de las de Historia de Nueva York y Pennsylvania. Fue también Miembro del Ufizzio Giuridico Internazionale de Milán...Y sigue investigando, traduciendo, fundando periódicos y escribiendo en los que ya existían, como si temiera que el tiempo se le escurriera entre los dedos. Y cuando estalla la guerra no cree que sea posible la victoria, pero entre el tirano que niega a su país lo justo y Cuba que le reclama, opta por la Patria.

Nuestro Apóstol precisó y valoró magistralmente su labor multifacética: americano apasionado, cronista ejemplar, filólogo experto, arqueólogo famoso, filósofo asiduo, abogado justo, maestro amable, literato diligente... "No vaciló en dejar su casa de mármol con sus fuentes y sus flores, y sus libros, y sin más caudal que su mujer se vino a vivir en el honor, donde las miradas no saludan, y el sol no calienta a los viejos, y cae nieve..."(2) Y vivió en aquellos fríos que luchaban en vano por entumecerle el alma. Nueva York le dio puesto de honor en sus Academias mientras "el caballero cubano" es visita habitual de las mejores bibliotecas. Trabaja sin tregua. Nunca admitió que alguien osara sofocar su libre opinión...Sí, el autor de "Cuba Primitiva", de "Apuntes para la historia de las letras y de la instrucción política en la Isla de Cuba" y del libro que no lograba publicar sobre los palenques, refugio de los bravos cimarrones, supo ser –pese a todas las fuerzas que se oponían y hasta el final de su vida- un hombre digno.

Regresó a Cuba en 1878, consumado el triste fracaso que previó. Y aquí continuará su obra –con el fervor de saber que con ello hacía Patria- hasta que enferma para morir. Es cierto que su nombre, como poeta y autor dramático no tiene peso en la historia de la literatura cubana. Pero obtiene un honroso lugar en la historia de la cultura y la nacionalidad cubanas, por su quehacer como historiador, por su afán de preservar nuestras tradiciones y, sobre todo, por su condición de bibliógrafo eminente y como uno de los primeros americanistas del Nuevo Mundo. Crítico ante su propia obra, nos deja este mensaje:

"Mis compatriotas no pueden negarme el mérito de la laboriosidad ni de un amor vehementísimo por el beneficio común; estas circunstancias deben de servirme de disculpa por las muchas imperfecciones de un trabajo que solo puede graduar el que los haya acometido semejantes." (3)❑

Referencias:

1- José Martí: **Obras completas**, tomo 5, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963, pag. 145.

2- Ibídem, pag. 144.

3- Antonio Bachiller y Morales: "Advertencia del Autor", en **Apuntes para la historia de las letras y de la instrucción en la Isla de Cuba**, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, 1965, tomo I, pag. 36.

IV ANIVERSARIO DE VITRAL

El pasado domingo 5 de Julio, tuvo lugar en Pinar del Río la celebración de los cuatro años de vida de la revista Vitral, del Centro Católico de Formación Cívica y Religiosa de la Diócesis vecina.

Presidió la ceremonia el Obispo, Monseñor José Siro González, en compañía del Padre Manuel Hilario de Céspedes y del señor Dagoberto Valdés, Asesor y Director respectivamente de la publicación. Las palabras centrales estuvieron a cargo del señor Orlando Márquez, Director de **Palabra Nueva** y Coordinador Nacional de UCLAP-Cuba, a la cual pertenece **Vitral**.

Durante la velada se dieron a conocer los premios del Concurso convocado por **Vitral**, en los géneros de Ensayo, Poesía y Narrativa. El premio de ensayo correspondió al habanero Manuel Barcia, colaborador de **Palabra Nueva**, mientras en poesía alcanzó mención el señor Eduardo Mesa, miembro del Consejo de Redacción de esta revista. Los premios de Narrativa y Poesía quedaron en Pinar.

La parte cultural estuvo a cargo del grupo Ars Longa, que con la maestría acostumbrada interpretó obras del repertorio hispanoamericano de los siglos XV-XVII.

¡Felicidades **Vitral!**

Obras de Chopin, Dobrzynski y Moniuszko en el bicentenario de

ADAM MICKIEWICZ

Con una velada cultural realizada el 12 de junio, en las Galerías y el Patio del Palacio de los Capitanes Generales, una de las principales edificaciones del Casco Histórico de La Habana Vieja, se celebró el bicentenario del nacimiento del poeta polaco Adam Mickiewicz. La velada fue organizada por la sección cultural de la Embajada de Polonia en Cuba.

El programa quedó estructurado a partir de un concierto de música clásica en el que se escucharon las obras **Variaciones sobre un tema de Rossini** (flauta y piano), **Vals Op. 42 en Mi b** (piano) y **Pierscien** , de Federico Chopin, así como **Andante y Rondó alla Polaca** (flauta y piano), de I.F. Dobrzynski; **Aria de la Opera Halka** (voz y piano), de S. Moniuszko y una lectura de poemas de la obra de Adam Mickiewicz. Las interpretaciones estuvieron a cargo de Marita Rodríguez (piano), Conchita Franqui (canto), Sara Miyares (actriz) y Daniel Peñalver (flauta).

La lírica de Adam Mickiewicz obtuvo resonancia en el siglo XIX cubano con la traducción que hiciera al castellano, en 1859, el escritor criollo Juan Clemente Zenea de la obra **Sonetos de Crimea.** Adam Mickiewicz, Poeta Nacional de Polonia, murió como consecuencia del Cólera en 1855 a la mediana edad de 57 años.

POR MONSEÑOR CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES GARCÍA-MENOCAL

"Sean realistas: pidan lo imposible"

Treinta años después de la utopía de Mayo en París

Hace treinta años, muchos jóvenes cubanos no habían nacido. Quienes tienen menos de 45 años, apenas saben de qué aniversario se trata y cuál fue esa utopía de Mayo. En Cuba, aún la mayoría de los que cuentan con años suficientes para saber qué pasó entonces, si estaban en Cuba, es posible que sólo tengan un conocimiento puramente intelectual, no experiencial, y muy distanciado, no interiorizado, no rumiado, de aquellos días, difícilmente repetibles, que paralizaron a Francia y estremecieron a una buena parte del mundo llamado entonces "occidental". Los cubanos estábamos de tal modo inmersos en los problemas de nuestra utopía cubana y en las disquisiciones acerca de la futura suerte de la misma, joven todavía en el año 1968, que todo aquello pudo parecer ajeno a lo nuestro. Y en cierta medida lo era, pero no totalmente. El análisis del tiempo que ha corrido nos permite afirmar que ninguna situación cultural o sociopolítica posterior, en ninguna parte de nuestro mundo planetarizado, ha sido ajena totalmente al Mayo francés. Todos, sepámoslo o no, hemos sido tocados por lo que estuvo en juego en aquellas semanas ambiguas.

Hoy considero una fortuna haber estado en Europa, por razones de trabajo, desde mediados de Mayo hasta fines de Julio de 1968, por lo que me permitió calibrar lo que estaba sucediendo. No estuve en Francia, pero sí en España, Italia, Bélgica, Alemania y Suecia. Era entonces Rector del Seminario "San Carlos y San Ambrosio" y miembro de la Comisión Episcopal de Vocaciones y Seminarios y, en cuanto tal, estuve en el entonces Secretariado –hoy Consejo Pontificio- para la Unidad de los Cristianos, en Roma; había sido redactor hasta poco antes de "Mundo Católico", en el diario El Mundo y en la Unión Internacional de Prensa Católica me consideraban todavía su único "miembro" en Cuba, por lo que debí participar en la Asamblea Mundial de la Institución en Berlín. En dondequiera que estuve durante esos dos meses, se respiraban los aires del Mayo francés, ya en "liquidación", y de la "Primavera de Praga", acerca de cuyas posibilidades reales muchos tenían todavía esperanzas.

¿Qué estaba pasando en el mundo que pudiere haber influido de algún modo de algún modo en el origen del Mayo? La Guerra de Vietnam y la ya citada "Primavera de Praga", con sus

repercusiones de signo diverso en el mundo occidental y en el aún aparentemente sólido "bloque socialista", eran realidades de primera plana en el momento. La muerte reciente del Comandante Ernesto Guevara había puesto sobre el tapete, de nuevo, la Revolución cubana, cuyo camino aparecía en el imaginario occidental como una alternativa diversa y todavía válida. De hecho, en Enero de ese mismo año 1968, artistas e intelectuales –sin excluir un grupo de teólogos- de todos los rincones del mundo se habían dado cita en La Habana: apoyaban, en términos generales, todo lo que sucedía en Cuba y creían firmemente –era casi un acto de fe, sin cálculos ni discernimientos contextuados- en la validez de la utopía socialista "a la cubana". Había ocurrido el Concilio Ecuménico Vaticano II y su imagen renovadora transvasaba las fronteras de la Iglesia Católica. En América Latina se estaba preparando el encuentro de Medellín, del que nacería, como una hija legítima, la Teología de la Liberación, engendrada por el teólogo peruano Gustavo Gutiérrez, a la sazón perito del CELAM. Los partidos comunistas de Europa occidental daban forma teórica y pragmática a lo que se vino a llamar "eurocomunismo" y se abrían nuevas pistas de reflexión teórica dentro del marxismo, incluso en algunos países socialistas, no sólo en occidente. Los Beatles

estaban en su apogeo y, más que un fenómeno exclusivamente musical, comenzaban a ser reconocidos como generadores de un fenómeno cultural; criterio que el discurrir del tiempo ha convalidado.

Imposible reconstruir en este marco tan breve la sucesión de los acontecimientos y el significado que éstos adquirieron velozmente. De una chispa universitaria -¡eran tan frecuentes entonces las chispas universitarias y tan esporádicas hoy!- surgió la llamarada que involucró a todos los sectores de la Nación. ¿Qué querían? Nada más y nada menos que cambiar el mundo, hacerlo más hermoso, más justo y solidario, desnudarlo de estructuras opresoras y promover un desarrollo más integral de todo lo que identificaban como genuinamente humano. Y para ello no bastaban parches y remiendos, era necesario un tejido nuevo. En resumen, una utopía no afiliada a ninguna ideología precisa, ni a ninguna religión o irreligión, ni a ninguna "clase social", aunque de hecho comenzó por ser un movimiento de rebeldía de "jóvenes´bien", de "señoritos" e "hijos de papá", en su mayoría de clase media más bien alta. Pero en esta ocasión –otra diferencia sustancial- no se trataba de una utopía escrita en un libro, conquistadora de la adhesión de unos pocos lectores. Tampoco era factura de hombres políticos y de acción, hombres "solemnes", muy determinados a imponer, a todo costo, su visión de lo que resultaba bueno para los demás, aunque hubiese que recurrir a las armas, a la violencia, a la supresión de la libertad y a la sangre. Ahora la utopía era festiva, entusiasmante, multitudinaria, apelaba al amor y a la libertad como motores de la historia, emparentada con la anarquía y la anomía; las contradicciones y los "disparates" abundaban en su interior; el animus congregante desembocó, con demasiada frecuencia, en excesos sexuales y la necesidad de nutrir y mantener en alza la energía gozosa apeló, también con demasiada facilidad, a los "pinchazos", al LSD y a otros psicofármacos y drogas alucinantes.

Vale la pena recordar: -que, después de treinta años, aunque no todo esté claro, todavía se puede seguir sosteniendo que, al menos inicialmente, aquello fue un movimiento espontáneo; hubo nombres, como por ejemplo Daniel Cohn-Bendit, pero más que organizadores, fueron voceros y, a lo sumo, intérpretes; -que el Mayo del 68 comenzó por ser un movimiento juvenil, pero muy pronto sumó a los no tan jóvenes; -comenzó por ser un movimiento estudiantil (los universitarios fueron, como casi siempre en estos movimientos, el motor de arranque; en Cuba lo sabemos por experiencia repetida en nuestra historia), pero muy pronto se adhirieron trabajadores, artistas e intelectuales de diversa procedencia y filiación ideológica y religiosa; los campesinos y los comerciantes estuvieron, casi todos, ausentes; -que terminaron oponiéndose al mismo la mayoría de los grupos y partidos de derecha y los grupos marxistas de obediencia soviética. Recuerdo el titular de un periódico francés en aquellos días: "La estrategia comunista consiste en subirse al carro y permanecer en el andén", refiriéndose a la dirigencia del Partido Comunista Francés, pues la mayoría de los miembros jóvenes fueron actores en aquel Mayo; evidentemente, los gobiernos también se opusieron: el francés y todos los demás. Juzgaron que era necesario poner punto final a aquella situación socialmente caótica, ya intolerable en Francia a fines de Mayo y con síntomas de contagio expansivo más allá de sus fronteras. Contagio que, por supuesto, no dejó de presentarse, aunque las dimensiones sociales y la repercusión mundial no fueron tan enormes como las francesas. El número de muertos sí fue mayor en México que en Francia: no olvidamos la matanza de Tlatelolco. ¡Ni siquiera la España de Franco fue inmune al Mayo francés! Pude ver en salones parroquiales en Madrid retratos del Comandante Guevara y del Doctor Fidel Castro, así como letreros que rezaban: "¡Hasta la victoria siempre!"

Los *slogans* y *graffiti* pasaron, pues, las fonteras. Algunos todavía se recuerdan, como el que encabeza estas líneas y otros muchos más que ahora me asaltan la memoria: "Hagan el amor, no la guerra", "¡Abajo el sumario y viva lo efímero!", "No hay que poner la Poesía al servicio de la revolución, sino la revolución al servicio de la Poesía", "¡Corre, camarada, el mundo viejo va detrás de ti!", "El poder reside en la imaginación", "Las barricadas obstruyen las calles pero abren el camino", "Considera que tus deseos son la realidad", "¡Reinventen la vida!", etc. El patio de la Sorbona se llenó de retratos de Marx, Lenin, Trotsky, Mao, Fidel y el Che. En un Seminario francés muy respetable, cuando despertaron una mañana encontraron en las puertas de los cuartos de los superiores, en lugar del nombre habitual, los siguientes letreros: "Compañero Rector", "Compañero Prefecto de Estudios", "Compañero Director Espiritual", etc. Tampoco el Vaticano escapó: en una sala de la entonces Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades, hoy Congregación para la Educación Católica, apareció un día una foto enorme de un joven chino, hermoso, de expresión soñadora, con una túnica hasta los tobillos. Nadie supo quien la había puesto, pero era agradable y, al parecer, se trataba de un seminarista chino. Pocos días después, un visitante la identificó: era Mao joven.

El viernes 24 de mayo, a las 8:00 p.m., después de un regreso apresurado de Rumania, el General Charles De Gaulle, entonces Presidente de la República, en una alocución que duró cuatro minutos y treinta segundos, puso fin al movimiento. Me parece que el párrafo clave de esa breve y definitoria alocución, fue el siguiente: "Necesito que el pueblo francés diga lo que quiere. Nuestra Constitución ha previsto justamente el camino por el que lo puede hacer. Es la vía más directa y democrática posible: el referéndum. Teniendo en cuenta la situación excepcional en que estamos y la proposición del Gobierno, yo he decidido someter al sufragio de la Nación un proyecto de ley por el cual solicito otorgar al Estado e inmediatamente al Jefe del mismo, un mandato para la renovación".

La Policía recibió las órdenes necesarias para terminar con el caos social y ya a partir del día siguiente de la intervención del Presidente, las banderas rojas –que imperaban hasta entonces en las calles, centros de estudio y fábricas- fueron progresiva y rápidamente sustituidas por la bandera tricolor francesa. Esta aparecía ahora en manos multitudinarias de franceses, como en manos multitudinarias habían aparecido antes las banderas rojas, las mismas manos que habían levantado las barricadas y ritmado las canciones revolucionarias. Pocas semanas después, aparentemente nada había pasado: la vida había recuperado su tono habitual. Atrás habían quedado los sueños juveniles; atrás la apología de lo espontáneo, de lo provisional y pasajero; atrás la celebración del instante...

¿Habían quedado realmente "atrás"; se habían "olvidado" todos de la "utopía"? ¿Por qué, entonces, si tan atrás están las realidades de Mayo del 68, se han recordado este año con más intereses que el décimo y el vigésimo aniversarios?

Recuerdo que, ya en julio (fue en Berlín o en Estocolmo?) un francés que comprendía la necesidad de haber puesto fin a la anarquía de aquellas semanas, se lamentaba, sin embargo, porque tenía la impresión de que el mensaje de aquellos días no había sido escuchado. Y si no había sido bien escuchado, no podría ser integrado en el tejido social francés. Se lamentaba, en resumen, porque tenía la impresión de que todo iba a continuar, más o menos, por un sendero inmutado: el Estado no cambiaría, la economía no cambiaría, la Universidad y la organización del trabajo y de las empresas no cambiarían, las Iglesias no cambiarían... nada cambiaría. "Estuvimos a punto de lograrlo... pasamos muy cerca de un mundo nuevo", llegó a decirnos aquel joven francés cuyo rostro pesaroso no olvido y con el que estuve de acuerdo: era necesario poner punto final al caos, pero también hubiese sido necesario, en un clima de serenidad, realizar una reflexión, un examen de conciencia y de la realidad nacional y un diálogo de carácter nacional, auténticamente participativo, es decir, una genuina "acción cívica" (el Presidente usó la expresión, pero en la práctica, la acción oficial se limitó a la "restauración") que desembocara en una democrática reforma radical, en la dirección de un mundo plenamente humano.

Hoy, los actores del Mayo francés, que creyeron morir de rabia y de tristeza cuando todo se les vino abajo, después de la alocución del Presidente, de la represión policíaca y del aparente cambio de la opinión pública, es decir, después de la "restauración del orden", están –casi todos- instalados en la nueva situación, en la que si ha habido algún cambio como consecuencia del 68, ha sido, precisamente, la introducción de los mecanismos que evitan la repetición de aquellos días. La mayoría de los adultos y respetables tuvieron miedo al cambio, a la transición; prefirieron que todo quedara como antes. Y los jóvenes se fueron haciendo adultos. Y muchos de los que postularon la renovación en el 68, apoyan hoy la conservación inmutable de un *statu quo* que, en última instancia, resulta mucho más reprobable que el que desearon cambiar en aquellos días. La enfermedad no fue sanada, sino mejor enmascarada y, por ende, resulta hoy más peligrosa. En el mundo más o menos económicamente desarrollado, nada me resulta tan parecido al final del siglo XIX, como este final del siglo XX: a pesar de las navegaciones por internet y de las globalizaciones neoliberales (¿acaso debería decir "a causa de" en lugar de "a pesar de"?), los hombres siguen cuestionándose acerca del sentido de sus vidas, se asfixian en lo inmediato y en sus ancianidades prolongadas, solitarias y aburridas... Algunos vuelven a preguntarse acerca de aquellos sueños de la década de los 60s, que emergieron más visiblemente en Francia (¡nos ha dado Francia tantas veces estas lecciones!), pero que, en realidad, fueron una marea que envolvió a buena parte de nuestro pequeño mundo. ¿Fueron simplemente una locura de los años mozos o merecieron un examen más detenido? ¿No habría que intentar otra vez la reinvención de la vida, procediendo con mayor sabiduría para que en esta ocasión no nos limitemos a pasar cerca, sino a obtener el fruto?

Si no todos conocieron el Mayo del 68, casi todos conocen bastante bien a los Beatles y, muy particularmente, a quien fuera, quizás, el poeta mayor del grupo, John Lennon quien, también a pesar de las contradicciones de sus textos y de la existencia tantas veces dislocada que llevó, es capaz todavía de congregar a tres generaciones en torno a sus canciones. Yo soy de esos "viejos" que, siéndolo y sabiendo que lo soy, continúo cantando después de treinta años:

"Imagine... all the people...
Imagine... a country...
Imagine... Imagine... Imagine
You may say I'm a dreamer
But I'm not the only one".

Afortunadamente, *"I'm not the only one"*: no soy el único soñador, capaz todavía de asegurar que muchos sueños, defensores del Bien, de la Verdad y de la Belleza, podrían llegar a ser realidad "si nos ponemos efectivamente para las cosas". ❑

La Habana, 16 de Mayo de 1998.

Durante el Mayo del 68, la Iglesia Católica en Francia vio como se desarrollaban en su seno diversos juicios y actitudes, que iban de uno a otro extremo del espectro posible. En un día como hoy, hace treinta años, el jueves 16 de Mayo de 1968, la Acción Católica Obrera (ACO) Francesa emitió un manifiesto del que tomo algunas líneas: *"Ante tal situación* –la del mundo obrero-, *los cristianos, la Iglesia, no pueden callar. Dios mismo es escarnecido; el Evangelio no es neutro. Por esto, la ACO, rechazando el mito de una sociedad global, denuncia los espejismos de una sociedad de consumo; condena el régimen capitalista que aplasta a las personas y las somete a la utilidad erigida en principio; reconoce el derecho de los trabajadores sobre los medios de producción; desea que la Iglesia reconozca estos derechos"*. En su texto, la ACO califica de *"blasfemia contra el nombre de Dios"* la afirmación de que la guerra de Vietnam es una defensa de *"una pretendida civilización cristiana"*, cuando en realidad se trata de *"la defensa de los intereses político-económicos de la primera potencia industrial del mundo"*. Los Obispos miembros de la Comisión Episcopal del Mundo Obrero, por medio del entrañable Monseñor Ancel, sin asumir explícitamente la afirmación relativa a la propiedad de los medios de producción, hicieron suyos los análisis y las orientaciones de la ACO: *"Para nosotros, cristianos* – afirmaron entonces- *la demanda de los pobres reclama un mundo distinto. De una manera más o menos consciente, esta demanda de los pobres cuestiona la ciudad terrestre a nombre del reino prometido para el final de los tiempos; ella nos obliga, a nosotros, los hombres, a perfeccionar sin cesar nuestra sociedad, a hacer de ella un bosquejo nunca terminado del reino de Dios"*.

LOS MOVIMIENTOS:
una nueva realidad de la vida cristiana

FUENTE: ZENIT

Los historiadores de la Iglesia tendrán que distinguir entre un *«antes»* y un *«después»* del Pentecostés de 1998. En efecto, esta fiesta, de connotaciones profundas y sugerentes, ha supuesto una especie de reconocimiento por parte del pontífice de la *«mayoría de edad»* de los nuevos movimientos, comunidades y realidades de compromiso cristiano surgidas tras el Concilio Vaticano II.

La imponencia del evento ha servido para recalcar su carácter histórico. La Roma moderna no recuerda una movilización de gente tan extraordinaria. En este marco, Juan Pablo II reconoció que *«después de dos milenios de cristianismo, la fecundidad inagotable del Espíritu está siempre activa y suscita una nueva primavera en la Iglesia»*. El mensaje papal era evidente.

Los más de cincuenta movimientos presentes en Roma entre los que se encontraban Comunión y Liberación, Regnum Christi, Focolares, Comunidad del Emmanuel, Movimiento de Vida Cristiana, Renovación Carismática, Camino Neocatecumenal, Schönstatt, Talleres de Oración y Vida, Legión de María, Comunidad del Arca, etc., deben alcanzar su madurez. Ciertamente no han surgido como consecuencia de ningún plan pastoral y su presencia inesperada en ocasiones ha podido generar tensiones. Sin embargo, constituyen una prueba clara de la acción del Espíritu a finales del tercer milenio. *«Movimientos, nuevas comunidades, expresiones providenciales de la nueva primavera suscitada por el Espíritu con el Concilio Vaticano II* —explicó el Papa—, *constituyen un anuncio de la potencia del amor de Dios que, superando divisiones y barreras de todo tipo, renueva la faz de la tierra para construir la civilización del amor».*

Al recordar la inolvidable tarde anterior, en la que 300 mil miembros de estas nuevas realidades se reunieron en la plaza de San Pedro, Juan Pablo II confesó que fue un momento en el que *«se experimentó el clima de aquel Pentecostés en el que los apóstoles vivieron el encuentro entre su propio espíritu de hombres y el Espíritu Santo. Una experiencia extraordinaria que todavía se encuentra presente en la Iglesia nacida de aquel evento y que la acompaña a través de los siglos, haciendo descubrir a cada creyente el sentido del propio destino, de la propia corporeidad e, incluso, de la relación entre la existencia y la muerte».* En esa misma tarde, el Papa ofreció su consejo para que los movimientos se conviertan en grandes protagonistas de la nueva evangelización en un mundo materialista: *«Que en la formación cristiana cuidada por los movimientos no falte jamás el elemento de la fiel obediencia a los obispos, sucesores de los apóstoles, en comunión con el Sucesor de Pedro».* ❑

Los Obispos cubanos de visita en Roma, ofrecieron su oración a Dios ante los restos mortales del Cardenal Agostino Casaroli, en la Iglesia de San Esteban de los Abisinios, en el Vaticano. Posteriormente emitieron la siguiente nota.

NOTA DE LA CONFERENCIA DE OBISPOS CATOLICOS DE CUBA CON MOTIVO DEL FALLECIMIENTO DEL CARDENAL AGOSTINO CASAROLI

En la mañana del martes 9 de Junio nos sorprendió dolorosamente la noticia del fallecimiento del Emmo. Sr. Cardenal Agostino Casaroli, que fuera Secretario de Estado de su Santidad y antes estuvo a cargo de la Sección de la Secretaría de Estado, llamada entonces "para los Asuntos Públicos de la Iglesia".

Fue ocupando ese cargo, y por razón de su desempeño, cuando entró en una relación muy especial con nuestra Iglesia en Cuba. Esto lo llevó a visitar nuestro país y a reunirse en esa ocasión con los Obispos Cubanos, con sacerdotes y religiosos, con grupos de laicos y con las más altas autoridades de la Nación.

Siempre conservó un recuerdo agradecido y emocionado de Cuba, adonde anhelaba regresar algún día.

El Cardenal Casaroli, de mente preclara y vuelta hacia el futuro, fue un hombre del Concilio Vaticano II. Puso en práctica en su amplio y brillante ministerio, el espíritu de diálogo y acercamiento entre los hombres y pueblos, que el mismo Concilio ofreció al mundo.

Su paso por Cuba, su atención a nuestra Iglesia, produjo frutos en momentos difíciles de nuestra historia eclesial. Así lo recordamos los Obispos Cubanos: abriendo siempre caminos para que la Iglesia pueda realizar su misión, actuando con humildad y comprensión para todos, creyentes y no creyentes, confiando siempre en que Jesucristo es el único Señor de la Historia y en que el amor tiene siempre la última palabra.

Al Señor de la Vida, a Cristo, triunfador sobre la muerte, a quien sirvió el Cardenal Casaroli con denuedo, lo encomienda en su oración la Iglesia en Cuba, que no olvida todo el bien que el amado Cardenal nos procuró con su acción lúcida y discreta.

Descanse en paz.

Roma, 10 de Junio de 1998.

A CARGO DE EMILIO BARRETO

LA SANTA SEDE Y LOS DERECHOS HUMANOS

La Oficina de Información de la Santa Sede ha hecho público el tema de la trigesimosegunda Jornada Mundial de la Paz, programada para el 1 de enero de 1999. El Papa de los derechos humanos ha decidido consagrarla a un argumento de candente actualidad: «En el respeto de los derechos humanos está el secreto de la verdadera paz». La elección del tema de la Jornada pretende recordar los cincuenta años de la Declaración Universal de los Derechos Humanos y subrayar un requisito fundamental de la paz. De hecho, como explica la nota de la Oficina de Información vaticana, *«la paz no se impone; más bien, mana del corazón de cada persona, de cada comunidad humana y tiende al bien de todos»*. En definitiva, no puede haber paz sin respeto de los derechos humanos.

La afirmación tiene una especial sintonía con el primer párrafo del preámbulo de la Declaración Universal en la que se reconoce la dignidad inherente a todos los miembros de la familia humana. Sus derechos iguales e inalienables constituyen *«el fundamento de la libertad, de la justicia y de la paz»*.(Fuente: ZENIT)

ANALIZA EL CELAM LAS CAUSAS DE LA POBREZA

«La corrupción es un cáncer que está dañando nuestros pueblos, pero los latinoamericanos debemos erradicar ese flagelo para salir del subdesarrollo que nos agobia», este fue uno de los conceptos claves expresados por Monseñor Oscar Andrés Rodríguez, presidente del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), durante la reunión de tres días en la que este organismo examinó las razones profundas de la pobreza del continente.

Monseñor Rodríguez afirmó que *«sólo erradicando la corrupción, los latinoamericanos tendremos riqueza y disfrutaremos de mejores condiciones de vida»*. En el encuentro **El desarrollo de América Latina: una agenda para el tercer milenio** participaron unos 15 obispos y representantes de organismos financieros internacionales. Entre las instituciones que enviaron delegados se encontraban el Banco Mundial (BM), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID).

El arzobispo de Tegucigalpa, calificó de *«necesaria»* la *«existencia del BM, el FMI y el BID, instituciones que nacieron no para oprimir ni para esclavizar, sino para dinamizar el hacer con decisión, el actuar con decisión»*.

El presidente del Comité Económico del CELAM, monseñor Emilio Carlos Berlie Belaunzarán, arzobispo de Yucatán (México), afirmó durante la reunión que si cayó el muro de Berlín, también puede caer la pobreza en Iberoamérica, para lo cual lucha con fe la Iglesia Católica. Monseñor Berlie consideró que *«mejorar la economía es el gran reto de los países iberoamericanos, alcanzar el desarrollo, pero que no sea el desarrollo por el desarrollo, sino el desarrollo por la solidaridad»*.

La reunión concluyó el 2 de julio con una carta de intenciones para la acción que la Iglesia católica promoverá como instrumento para atacar de raíz el problema de la pobreza. Monseñor Óscar Rodríguez reconoció que *«este foro servirá a la Iglesia Católica del hemisferio para instar a los países industrializados a reactivar el crecimiento en América Latina... y pedir a los países latinoamericanos a evaluar las causas internas que han contribuido a aumentar la deuda externa latinoamericana"*, estimada en más de 600.000 millones de dólares

CONDOLENCIAS POR EL FALLECIMIENTO DEL CARDENAL CASAROLI

El Cardenal Agostino Casaroli, quien fuera Secretario de Estado Emérito y Vicedecano del Colegio de Cardenales, falleció el pasado mes de junio a la edad de 83 años.

«Recordando con admiración y gratitud la fidelidad a Cristo y a la Sede Apostólica que testimonió en su larga vida en un servicio de intenso amor y de sabia dedicación a la Iglesia –señala una nota emitida entonces por la Santa Sede-, el Cardenal Secretario de Estado, los Superiores, los Oficiales y el personal de la Secretaría de Estado, en el grave luto que los aflige, se unen en la oración de sufragio por la eterna paz del llorado difunto, y confían su alma a Cristo Buen Pastor, en la certeza de la resurrección».

El Cardenal Agostino Casaroli había nacido el 24 de noviembre de 1914 en el norte de Italia. (Fuente: VIS)

FIDELIDAD AL MENSAJE DEL CRISTIANISMO

Con el título «Ad tuendam fidem» («Para defender la fe»), Juan Pablo II publicó una carta apostólica para llenar una laguna del reciente Derecho Canónico con referencia a la profesión de fe y juramento de fidelidad de quienes ejercen un ministerio eclesiástico, en especial de enseñanza.

Para explicar con claridad el tipo de verdades a las que se refiere el documento pontificio, la Congregación para la Doctrina de la Fe publicó una nota ilustrativa. Este texto explica que se trata de «todas aquellas enseñanzas —en

materia de fe y moral— presentadas como verdaderas o al menos como seguras, aunque no hallan sido definidas por medio de un juicio solemne ni propuestas como definitivas por el Magisterio ordinario y universal. Estas enseñanzas son expresión auténtica del Magisterio ordinario del Romano Pontífice o del Colegio Episcopal y demandan, por lo tanto, el religioso asentimiento de voluntad y entendimiento».

La nota explicativa firmada por el prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el cardenal Joseph Ratzinger, sin la intención de ser exhaustiva, ofrece algunos ejemplos de este tipo de verdades que, aunque no forman parte de la revelación, han sido declaradas por la Iglesia de manera definitiva. Entre ellas, se encuentra la enseñanza sobre la ordenación sacerdotal reservada exclusivamente a los hombres, que Juan Pablo II definió en 1994 como *«doctrina que debe ser tenida como definitiva»*. Otro ejemplo está constituido por el carácter ilícito de la eutanasia, enseñada como definitiva por Juan Pablo II en la encíclica «Evangelium Vitae». A este mismo nivel pertenece también la enseñanza de la Iglesia sobre la ilicitud de la prostitución y de la fornicación, ambas condenadas en el número 2.353 del Catecismo de la Iglesia Católica.

Existen también enseñanzas definitivas de la Iglesia conectadas con la revelación por necesidad histórica. Es el caso de la legitimidad de la elección del Sumo Pontífice o la celebración de un concilio ecuménico, la canonización de los santos o la declaración de León XIII sobre la invalidez de las ordenaciones anglicanas, etc.

Según el número 833 del Código de Derecho Canónico, están obligados a pronunciar la Profesión de fe y el Juramento de fidelidad los obispos, cardenales, vicarios generales y vicarios episcopales, los párrocos, los directores y profesores de filosofía y teología en los seminarios, directores y docentes de disciplinas relacionadas con la fe y la moral en las universidades eclesiásticas, así como los superiores de los institutos religiosos y de las sociedades de vida apostólica clericales. (Fuente: VIS)

PORTUGAL Y EL REFERENDUM SOBRE EL ABORTO

Los resultados del referéndum de Portugal han traido una nueva luz de esperanzas en la lucha por la vida de la persona humana: el grupo parlamentario socialista decidió, unánimemente, renunciar a la nueva normativa sobre el aborto tras la victoria del NO (51% contra 49%)en el referéndum que tuvo lugar el 28 de junio.

Se trata de un resultado sorprendente no sólo porque en la vigilia los sondeos habían atribuido a los favorables al aborto la mayoría de las preferencias, sino también por el elevado nivel de abstención (el 68% de la población no se presentó a las urnas).

Los analistas consideran que este veredicto constituye una victoria para la Iglesia católica, quien expresó con coherencia y claridad su oposición a través de la acción de asociaciones y movimientos. Se trata también de un éxito para la línea del primer ministro Antonio Gutierres, que, a pesar de ser socialista, en cuanto católico, siempre se ha pronunciado contra la ley.

La escasa participación en la consulta popular, la primera de los 24 años de la democracia portuguesa, ha sorprendido a la nación. Según la Constitución, al no haber participado el 50% de la población, el referéndum carece de valor vinculante y la decisión sólo podría ser tomada por el Parlamento. Sin embargo, el jefe de los diputados socialistas, Francisco Assis, reconoció que, tras el voto del domingo, «las condiciones políticas no están maduras para seguir en esta dirección durante la presente legislatura».

La ley había sido propuesta por la Liga de los Jóvenes Socialistas y aprobada en primera lectura el pasado mes de febrero. Assis ha explicado que el Partido Socialista (mayoritario en la Cámara) volverá a presentar una ley semejante en 1999, después de las elecciones legislativas, pues «el referéndum ha demostrado que se trata de un tema lacerante y el Parlamento no quiere dividir a la sociedad portuguesa».

Según Marcelo Rebelo de Souza, presidente del Partido Socialdemócrata, actualmente en la oposición, «El resultado invalida cualquier iniciativa parlamentaria a favor del aborto». El líder socialdemócrata fue el primer promotor de este referéndum que se ha opuesto al aborto libre en las primeras diez semanas para aquellas mujeres que lo pidan a los centros estatales autorizados.

Volverá a entrar en vigor la ley de 1997, según la cual, el aborto es lícito tan sólo en caso de violación o riesgo para la vida de la madre (en las primeras 12 semanas) y por graves malformaciones del feto (en las primeras 16 semanas). La pena por el aborto ilícito puede llegar hasta los tres años de cárcel.

Según el sociólogo Boaventura de Sousa Santos, el gran triunfador del referéndum ha sido la Iglesia, «la única fuerza organizada que ha logrado hacer pasar su mensaje al electorado portugués». El episcopado decidió no entrar directamente en la batalla referendaria, sino más bien estimular la acción de comités y de personalidades influyentes, capaces de movilizar las conciencias en defensa de la vida que está naciendo. (Fuente: ZENIT)

EN EL 2000 SE EXPONDRÁ LA SÁBANA SANTA

Lo anterior fue dado a conocer en un comunicado emitido por la Oficina de Prensa de la Santa Sede. La ya esperada muestra tendrá lugar del 26 de agosto al 22 de octubre del año 2000, con motivo de los festejos por el advenimiento del tercer milenio del Cristianismo.

La exposición tendrá un carácter claramente eclesial de acuerdo con la orientaciones dadas en reiteradas ocasiones por Su Santidad Juan Pablo II (Fuente: VIS)

El Centro Juan Pablo II y el Movimiento de Trabajadores de la Salud de la Arquidiócesis de La Habana convocan a la

II JORNADA DIOCESANA DE BIOÉTICA

a celebrarse el domingo 13 de diciembre de 1998

Se podrán presentar trabajos en «posters». La inscripción de los mismos y la de las personas que deseen participar deberá realizarse en las oficinas del Centro Juan Pablo II, Mayía Rodríguez 804 esquina a Espadero, La Víbora, Ciudad de La Habana. Nuestros teléfonos son: 409453, 409469 y 417435 (dentro del Hogar de Ancianas «San Francisco de Paula» y junto a la parroquia del mismo nombre).

Las personas que deseen inscribir trabajos deberán entregar una copia mecanografiada del mismo, con vistas a poder incluirlo cuando se publique la memoria del evento.

El plazo de admisión cierra el 10 de noviembre

Se seleccionarán 3 trabajos de los presentados como posters para que sean expuestos como tema libre.

Para mayor información, diríjase al Centro Juan Pablo II.

«Cuba,

cuida tu familia para que conserves sano

tu corazón»

CONVIVENCIA DIOCESANA DE FAMILIA

Solemne Concelebración presidida por Su Eminencia Cardenal Jaime Ortega Alamino, Arzobispo de La Habana

---

Hogar Clínica San Juan de Dios.
Los Pinos.
Sábado 25 de julio, 9:30 am.